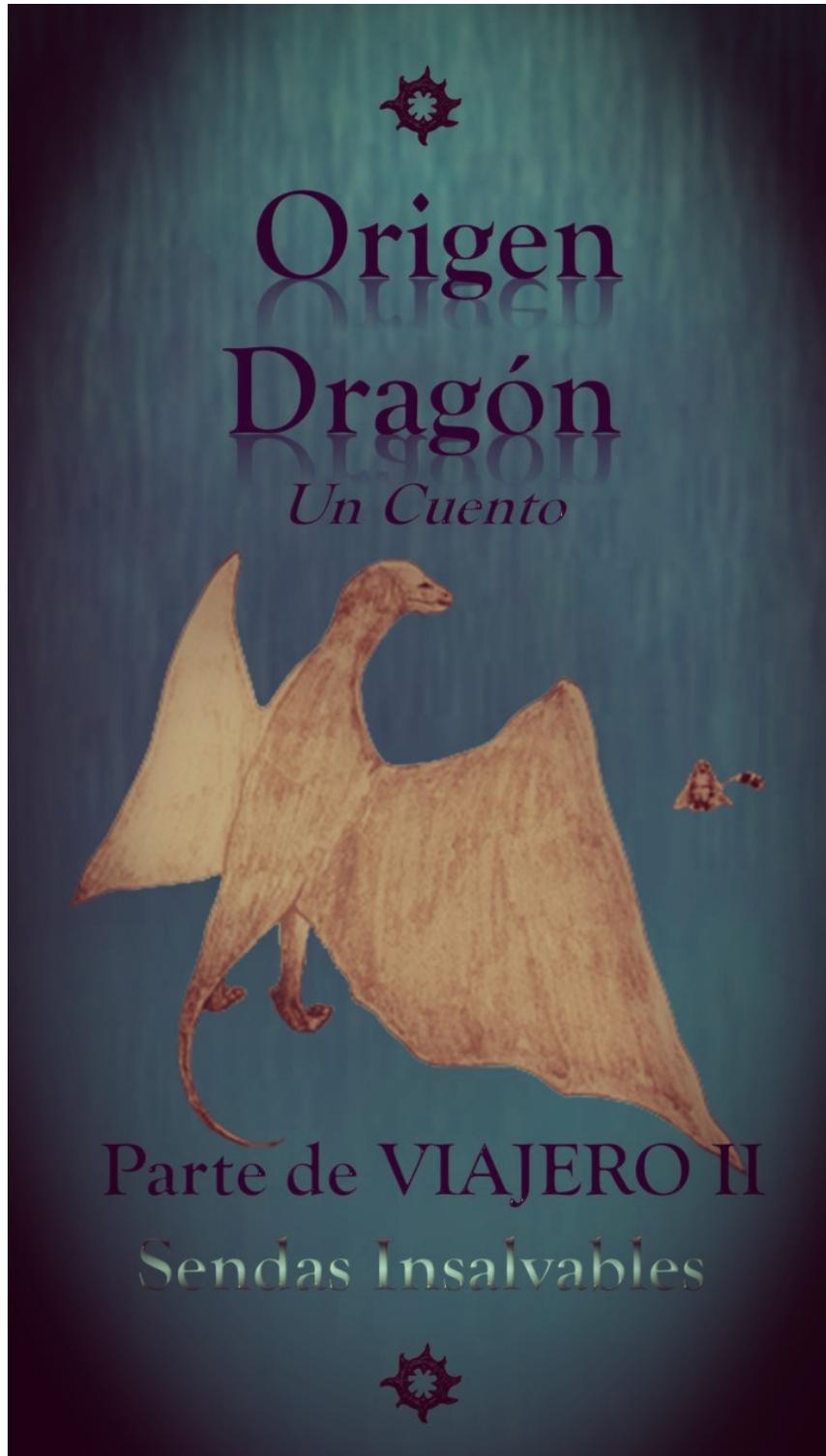


# Origen Dragón

Yéred Alemán



# Capítulo 1

## EL ORIGEN DE DRAGÓN

### Capítulo 1

#### Krívik

I.

Frévog, hijo de Emerion de Gnörrnäff, recorría los caminos de Kayo Alto. Iba al sur, malhumorado de tener que haber dejado la discusión con Límunor de tal manera. Cada uno había tomado su decisión definitiva, quizá mucho tiempo antes, cuando se habían conocido siendo apenas unos niños. Límunor no estaba de acuerdo que Frévog fuera a esos lares, comprometido de las órdenes de su padre. Los Kayos, los nortes en lengua común, eran montículos descendientes que formaban valles quebrados de enormes bosques, que se detenían hacia el oeste, donde la piedra quebrada llamada dormurio, en la temible cordillera Akrimar, crecía peligrosamente, como cuchillas elevadas al cielo. Las pequeñas y quietas rocas que descansaban sobre una fangosa tierra que se despejaba a capricho, se secaba completa, y se vestía de hojas caídas. El viento soplaba sobre las montañas, de Kayo Alto a Kayo Bajo, a través de toda la Columna Áprule, la cordillera más grande del Foresfo Norte.

Frévog era un hombre corpulento de expresión avispada, de impulsos algo incontrolables y necios, como encerrados en una mente enfermada. Había conseguido atravesar unas liebres en el bosque, comiendo los frugales de una vez, pues la exigua carne no debía desperdiciarse. Mientras comía, maldijo tener hambre, tener que comer. Por Ángel que si habíamos visto expresiones similares en todos los caminos andados del Foresfo civilizado, al ver a este hombre nos convencíamos que todo era real: el mundo estaba en conflicto.

El desaliñado cabello de avellana rojo le caía a los hombros. Llevaba mucho abrigo por el frío encerrado en las laderas medias de Áprule. Aunque había aprendido una o dos cosas de los hombres que le rodeaban, poco había podido hacer por su repulsión al frío. Sin embargo a veces era extraño su comportamiento frente al clima, no importándole, por ejemplo,

las tempestades. Este hombre era excelente combatiente de corta proximidad. De vuelta a su pueblo, Krívik, había tenido querellas muy gallardas, y los inmigrantes llegados y establecidos tiempo ha, participarían también de las mismas. El mejor de todos los sureños morenos era el guerrero consentido de padre Emerion. Los sureños morochos y morenos, habían llegado a la comuna conformada originalmente por los cafés quienes años atrás se habían asentado en ese lugar. El jefe de esta comuna era su padre, Emerion de Ztäff, Hijo de Gnörr Velitnäff.

Emerion, como típico padre de la dolorosa costumbre de la dominación de todos por la fuerza, fue severo con su hijo. En casa de Gnörr todos los hijos debían guardar silencio durante la hora de la comida. Un tiempo en que fue difícil conseguir vivir en los centros comerciales, Emerion fue aceptado en las filas de Control Noroeste, al servicio de la Real Corona y pudo soportar a su familia sin tener que recurrir al oficio de la familia paterna: una mezcla extraña de cultivar poca cosa más que verduras, y robar los cargamentos tirados de los establecimientos. Pero antes de que esto sucediera, Emerion y su esposa Ánima tuvieron que vivir bajo el techo del estricto Gnörr y su desagradable esposa Santia, a pesar de que Ánima le había ofrecido a su marido una choza humilde pero perfecta, en los fríos bosques del norte, cerca de Cúúpel. En esos tiempos más felices, y antes de que Frévog naciera, Emerion se hizo de una casa abandonada en las afueras de la majestuosa Zupriori, y aplicó, junto a su hermano mayor Gerion, para ser soldados de menor rango. Luego, debido a sus destrezas, fueron rápidamente ascendidos soldados de primera. Pasó que en una bronca en que se requería de una furia especial que sólo los llamados guerreros tenían, Gerion fue asesinado, junto a su cuadrilla, por un mercenario; y Emerion, en su investigación, pudo dar con el asesino, y luego destruirlo. Un par de años más adelante en que ya ejercía de sargento, se descubrió su acción. Pasó un tiempo en las mazmorras de Tot, pero fue liberado, y ascendido a general con una primera enmienda: tomar a Krívik bajo su poder. De su hijo esperó siempre mucho, queriéndole contagiar su emoción por el deber y la ejecución de la fuerza a los demás. Padre e hijo, a pesar de la simpatía inicial, con el pasar de los años se vieron rodeados por un círculo difícil de romper; eran resultado de la Segunda Discordia, cuando las cosas que eran, cambiaron. Por un tiempo el cariño sincero del hijo perduró, asiéndose de las pequeñas victorias que ofrecía el ejercicio de las habilidades de lo físico, los logros cuando las piernas se vuelven rápidas y poderosas, cuando el ojo cazador, cuando la mano se coordina con la visión, cuando los músculos crecen aquí y allá. Después como todo lo físico, que perece, dejó de ser suficiente, pues todos los hombres de este y de todos los tiempos han buscado en ulterior misión el afecto de aquellos que los conocen, el afecto del padre. Nunca pudo romper esa barrera invisible y sólida que los separaba, y en su adolescencia, ya en Krívik, hubo un tiempo en que el temperamento de Frévog lo hizo atentar contra los mismos cimientos de la organización que Emerion había construido. Pasó Frévog a la adultez,

las victorias se deslavarón y se hicieron, primero melancólicamente menores, luego trágicamente inútiles. De este mismo modo fue que el amor de Frévog se deslavó, y a medida que fue comprendiendo el mundo y su lugar en él, los problemas en su relación con su padre, con su madre, se volvió cínico. Lo anterior estuvo cubierto de la apariencia de la herencia que quemaba su piel, que persistente, no dejaba transpirar sus verdaderas intenciones hacia el exterior, que en todo caso pudiera haber leído madre por sí misma; porque si algo había heredado Frévog que no provenía de padre era una aguda mente, muy superior, que pudiera haber indagado siquiera por curiosidad. Padre lo vio hacerse guerrero, y uno despiadado, el modelo de hombre al que todos aspirábamos. En ese entonces, pudo Emerion admirarlo, y admirarse en él.

En la edad intermedia del matrimonio, madre era golpeada por padre. Madre pudo haber acudido a cualquier persona, a él, y nunca lo hizo. Entonces, pensaba Frévog, *Ánima* era una cobarde. Frévog se encontraba a mitad de un proceso aún desconocido para él, en el que aceptaba un hecho en lo profundo de su ser, pero aún no lo acrisolaba.

Hoy en el frío bosque, como hemos mencionado, había comido para no tener hambre. Porque necesitaba él saber que había comido, mas no le importaba mucho si su estómago resentía de vez en cuando el hambre de la desidia. Francamente nunca había comprendido por qué la gente se preocupaba de comer todos los días, diría él "y además a todas horas". El día de hoy su mirada era audaz, su rostro imperecedero, que podía enfrentar todo desafío, pero podría acaso hacerlo con este que era el mayor de todos: aún dubitativo, padre le había pedido que espicara al enemigo de Kayo Bajo, la gente de Méretis, un pueblo que no tenía derechos sobre las tierras en las que estaba asentado, ni las tierras adonde su gente peregrinaba todos los años en esa época en que el tercer mes comenzaba. Al destino de la peregrinación le llamaban Lluvias de Marzo, algo que tanto Frévog como padre jamás entenderían con exactitud. Nadie sabía cómo llegar ahí, por donde tomar los caminos, si se trataba de playa o de acantilados. Emerion estaba obsesionado por poseer Méretis.

La luz ocre, cálida e intensa, arropó toda la naturaleza con sus suaves destellos, una esencia distinta del sol embellecía lo que tocaba, lo volvía tierno y a la vez misterioso, pero la sombra de lo que se ocultaba, esa sombra azul era más intensa. Cayó la primera mitad del *Ángulo Décimo de Tiempo*. Frévog caminaba y a cada firme paso que daba, el frío se consolidaba más y más. Reflexionaba que no era un cobarde, que las mujeres que también él había golpeado, las mujeres que también él había hecho suyas sin sus consentimientos, eran todas la misma tonta mujer que no asumía su responsabilidad, que no se enfrentaba contra el mal del mundo.

*Padre es el mal. Ella, negligente. Recuerda cuántas veces has intentado protegerla, y ella le permite a su hombre todo golpe. Lo atesora. Se lo merece. Por tonta.*

No se equivocaba en los juicios: él era malo, lo sabía, lo aceptaba: era malo porque era parte del clan, era parte del clan de los hombres. Todas las mujeres eran un trozo de carne para comer, un cordero para ser despedazado. Ellas *no entendían* esto. Y él era el hombre para todas las mujeres, para hacerlas entender al menos esta verdad.

Frévog esquivó un rayo extraño que caía del cielo, colándose entre el follaje. Pero esta expresión, inclinada como un animal canino al que cuando mal se le hablaba, sólo miraba de lado como sopesando las circunstancias, era típica de él. Frévog había asesinado hombres, sí, pero no se podía considerar esto más que un deporte. Las querellas habían sido hechas por y para los hombres, para que se mataran entre sí, para que se probaran ante los demás.

*Malos hacen sus felonías entre sí, nada bueno nace y viene a nosotros con los trabajos así realizados.*

Sonrió al acordarse de todo lo hecho: la descripción probarse ante los demás era suficiente a la vez que no, algo tan puro como asesinar, como toda pureza, se podía circular en una sola palabra y sentirse en piel. Luego se le borró la sonrisa, pues recordó que madre no había sido la única golpeada en casa. Dejó impresa en el momento, una mirada estúpida y estupefacta, era ésta la expresión de la epifanía manifestada en los brutos. Cayó la noche.

El hombre corpulento y de espaldas anchas que era Frévog caminó los bosques a media noche. Era del tipo rudo. Las mujeres le mirarían más de una vez, de arriba para abajo, claramente atraídas por la facha, pero en realidad magnetizadas hacia algo intangible y pulsante, intenso tal como el olor de su hombría, generaría en ellas un rubor en las mejillas, un suspiro en el pecho, y en últimas un pulso en los genitales, convencidas de la seguridad que él les brindaría. En su pueblo como en muchos lares, común era que hubiera prostitución, servicio aprovechado por Frévog no menos. Y por padre. Y por todos los hombres de Krívik, incluso los pocos que no gustaban de la compañía femenina.

La situación era la que a continuación se explica. El pueblo de Emerion había sostenido una férrea pelea con Méretis. Krívik era un reducto dejado

de las viejas cortes, del viejo orden; Cuña y Sierva eran poblados adscritos a Krívik, los cuales gozaban de los privilegios de dicha asociación común en los edificios reales. Las costas disputadas por Krívik, Lluvias de Marzo, habían servido a los meretianos que celebran sus ritos propios. Los Kayos de Áprule, caminos sesgados de dormurios, roca azul y negra típica de la costa oeste, impenetrable cosa que pareciera haber crecido a imagen de su primo el cristal, eran inaccesibles para débiles y desosegados, para el vulgo de tierra firme que éramos muchos. Pareciera ser que era sustancial esa diferencia entre el temple tranquilo y firme de Méretis contra la premura eficiente y monótona, en apariencia, de Krívik, entre arraigada en costumbres norteñas de pasividad ya muy olvidadas, entre perdida con el ansioso e impaciente ritmo de la Real Corona. Pobres muchos, pobres y numerosos somos.

*Dios del Hierro. De La Sangre. Del Trabajo. Y todos se inclinan en miedo.*

Sobre el valor de estas tierras disputadas, sobre el derecho de Krívik de reclamarlas, Frévog callaba. Cuando niño, creía que era una completa estupidez, mientras escuchaba a su padre hablar con los viejos consejeros. Los hombres se sentarían a discutir una tal nueva organización, y de vez en cuando como en todos lados, llegaban las noticias del Palacio de Justicia. Emerion era el favorito de la realeza, por haber repelido a los traidores de la antigua corte. El favorito, al menos, de ese lado oriental.

Frévog continuó. No llevaba luz alguna, sus pasos sobre la tierra firme de las faldas de las montañas que lo rodeaban era lo único que escuchaba, y eran su única guía. "Es siempre preferible no atraer las atenciones", se dijo. La oscuridad era su aliada. Su padre le había dicho que tuviera sigilo y precaución, porque aunque no se le hubiera confesado, Emerion creía en una leyenda. Un supuesto peligro, un horror antiguo, que decían se elevaba sobre las montañas afiladas, penetrándolas, y encendiéndolas, y desapareciendo dentro. Cientos de calcinados aparecidos por aquí y por allá, dejados en la deriva del bosque encerrado, tirados en las cuevas, en las pendientes, parecían confirmar su existencia. También, si uno paraba la oreja, podía escuchar a la noche, en la lejanía, horribles alaridos. Emerion se preocupaba, o era un viejo creyente de estos decires.

Al momento, un día entero había pasado en que Frévog andaba a velocidad media. Sintió los tirones en las piernas, el primer cansancio, uno físico y localizado. Ese dolor le agradó, le dijo que estaba vivo, que estaba bien, que era real. Sopesó el mango de sus hachas, tocó el filo corroído de sus cuchillas. Aquí estaba él cumpliendo órdenes de señor padre, jefe de Krívik. El propósito de Frévog como hijo de Emerion, según el propio padre, era continuar su camino del guerrero. Y Frévog sabía que su lugar

estaba en las filas de hombres, entrenándose y entrenando a otros.

*Fervor, un moreno del sur, lleva un nombre parecido al tuyo, es comandante del cuerpo de guerreros de Krívik. El favorito. Cómo sus nombres se asemejan es lo gracioso.*

Sus pisadas se hicieron densas. Y luego vino el segundo cansancio, el segundo dolor. Uno que no le gustaba: el del tiempo, que lo hacía sentirse viejo. Lo reconoció donde se tocó el pecho. Lo despreció, lo escupió a la tierra. Hoy lo soportaba. Pero a últimas, no se iría jamás. Había recordado la única vez que discutió con Fervor. Para su infortunio, Límunor los había visto, y no lo dejaría de hostigar con preguntas y sugerencias estúpidas.

Descansó contra un árbol. Descansó. Suspiró. Suspiró. Y suspiró profundamente por tercera vez. Siguió.

"¿Dónde estás?" murmuró al viento que mecía las hojas, sus ojos se posaron allá de las copas de árboles más altos que frondosos, y allá sobre las colinas oscuras de las montañas. Se preguntó si esto era real. Se preguntó si esa leyenda tan temida era más que un hombre común, con, quizá, capacidades extraordinarias. Se preguntó si eso era todo y lo demás era, no nos sorprendería, rumores, aditamentos, ficciones. Un paria que extraña por extrañar. Eso le recordó a los contactos, personas que dispuestas a través de Camino Acordado, decían ser capaces de comunicarse a distancia, mente a mente, para el servicio de la comunidad. "¿Dónde estás?" volvió a murmurar. Regresó sus pensamientos a las órdenes no oficiales de su padre. Explicando: por una parte las tierras de Méretis estaban a poco más de tres días a paso medio, a pie. Uno se preguntaba por qué no había habido una disputa definitiva, que terminase de una vez por todas con el asunto. ¿Por qué Emerion había enviado a su único hijo a indagar a Kayo Bajo, cuando podía ordenar a cinco hombres a caballo a lo mismo? Frévog iba a pie, porque detestaba a los animales. Finalmente, ¿por qué únicamente Emerion sabía de esto? Tan formales como solían ser los modos en la corte del consejo krivikiano, aquí faltaba un papel oficial para algo tan simple y mundano como una indagación. Frévog estaba solo en su misión. Ya las relaciones con padre se habían vuelto tan lejanas y frías, que si algo sucedía durante dicha travesía, la pregunta era esta: ¿qué sentiría Emerion? ¿Qué haría?

*Sabes el porqué de que te haya enviado.*

La temida leyenda, pensó Frévog, no había que tener demasiada imaginación, podría ser un hombre tirano que el miedo que profesaba el decir lo convertiría en un monstruo, aún así foráneo. Esta distancia de origen podría dar protección suficiente en el alma común para aún con el miedo sentido, manifestar repulsión, de misma naturaleza, dicho sea de paso, que lo que siente una persona en civilidad acomodada, al ver a una criatura en el elemento de su ser, al animal en el bosque por ejemplo.

Hablando de tal, a Frévog le cruzó un pensamiento aterrador, tan más vergonzoso que era.

Escupió dos veces, esta vez gruñendo. Se preguntó la razón, el porqué estaba ahí. Pudo simplemente abandonar, pero no quería deshonorar a su padre y a su clan, y el respeto que en otros hombres mantenía. Su voluntad estaba subyugada, y debía hacer lo que se le había ordenado.

*Así me gustas más.*

Sus pasos se enterraron más. Sus hombros se encorvaron. Su andar, lado a lado.

Durmió al frío de los Kayos. El día siguiente pasó rápido, y avanzó lo necesario. Parecía que el mundo se había apagado, alejado. ¿Era, acaso, este, el mundo? Parecía como si se encontrara en caminos ignotos otros, allá donde ni siquiera el más terco señor de Krívik pudiera reclamar nada. Emerion quería "cobrar" Lluvias de Marzo. Tan odiosas. En algo concordaba con Límunor, el plan no tenía sentido. Pero no podía, aún con todo, justificar a los desertores.

"Padre está loco".

Le comenzó una tos que no se iba. La noche se endureció dos veces más fría que antes. Durmió como solía hacer, a la intemperie, ya que los cuidados eran para los débiles. Se cobijó de la desolación, se encogió en las faldas de un árbol. Al amanecer, se dio cuenta del esparadrapo que era. Afortunadamente, con fuerzas sutiles, al avanzar y al caer la tarde, logró descubrir un pequeño arroyuelo, el que desaparecería allende bajo ramajes torcidos de los árboles que de él se alimentaban. Se bañó, y fue maravilloso. La luz del sol fue hermosa. Se arregló para continuar. Pescó fácilmente, y cazó un cervatillo rampante que parecía haberse perdido, junto a él, en esa soledad conquistada por los árboles. Arrancó la carne del cuello, y se acabó sólo la mitad. La otra parte fue asada, guardada en largas hojas, y metida en las alforjas.

## II.

En la noche, en un hado de suerte, se encontró con un pobladillo que llegaba desde el lado este, apenas detenido en las laderas de uno de los montes de la columna. Áprule "dividían" el lado oriental de Foresfo Norte, como protegiendo la costa oeste. Los caminos formaban venas complejas, a veces se creía estar adentrando en la columna, a veces se creía estar saliendo de ella. Por tanto es que Frévog logró desviarse fácilmente y encontrarse dentro de este lugar. Dos hermosas jóvenes estaban dentro de bar de hombres de edades más allá de los cincuenta años, quienes en conjunto daban ese mal aspecto que en las más pulcras asqueaba hasta la médula. Una chica estaba ahí, y sepa Ángel por qué era uno de sus lugares favoritos, de entre los que regenteaba su tío, quien ese día se encontraba lejos de ahí, en otros bares haciendo las cobranzas pertinentes. Ella llevaba una amiga consigo, y vieron a Frévog, un forastero notoriamente más joven quien se encontraba sentado a la barra, solo, con la mirada cabizbaja, jugueteando con una astilla al tiempo en que el tarro de litro chorreaba. Les devolvió la mirada. Frévog buscaban lo mismo que ellas. Por curiosidad podríamos, pero no haremos, indagar los colores de las jovencitas, pues para el interés de Frévog, por tanto nuestro, en verdad sólo importaba que la copulación fuera físicamente factible, que pudieran ser apachurradas por todos lados, que pudieran ser alzadas más. Y sólo diremos que eran petizas y flacas. El miembro punzó en el pantalón. Fueron al bosque, entre risas y besos, se pusieron debajo de una luz platina y mortecina. Allí siempre era que la piel adquiría su sensualidad. Las bocas fueron regalices oscuros que brillaban, los rostros fueron confusos, más adorables, y hubo mordidas. Frévog compró su salvación, en la entrega invencible e insensata. Loca. Ese poder era su único Dios, y por ahora todos se podían morir. Una de ellas, la sobrina del regenteador, sintió amor. La otra no. Él tampoco. El animal se comió la piel, la mordió, la lamió, la salvación le estaba siendo otorgada, no hubo amor dentro del corazón del hombre de espaldas anchas, sólo el deseo de poseer algo divino, aunque apenado jamás pronunciaría tal para sí. Deseaba la salvación.

Luego, como comúnmente pasaba, que no nos damos por enterados las almas vulgares que somos, la temperatura y la presión quebraron, y un frío sucinto arribó. Los arbustos que les rodeaban ocultaron algo. Caminando hacia ellos, aunque fuera de toda vista, a salvo, un segundo hombre los miraba. Frévog estaba ocupado haciendo y siendo objeto y empujando y sacando a y hacia la salvación, arrancando gemidos sinceros a la una, y la otra se los daba condescendentemente. Bajo el brillo de la luz, en el encerrado claro, Frévog alargó la vista afuera, mirando detenidamente, escudriñando. Sigiloso, el segundo hombre fue de un lado

a otro, como sopesando, ¿sopesando qué?

*A una presa.*

En un parpadeo en que sus ojos fueron inundados por una capa picante de sudor, momento que no podía dejar de sacudir en odio a la que fingía penetrada de su miembro, Frévog creyó ver líneas de una especie de fulgor dorado formando contornos alrededor del hombre desconocido. Una cabeza, luego un mayor detalle. Creyó ver los ojos de un animal, un monstruo, ojos que le asustaron. El deseo se fue. Las tiró lejos, y buscó su arma. Si se vio estúpido en el destello de una revelación, en la sorpresa indecorosa de una próxima disputa mientras el miembro se dolía moviéndose arriba y abajo por la brusquedad de movimientos, lo hicieron ver ridículo. Se limpió la cara y alzó las dagas en dirección.

"¿Qué sucede amor?" dijo la que fingía, un poco reprimiendo su disgusto. Era quizá este gesto lo que él más detestaba, lo deleznable que "amor" sonaba viniendo de ella.

*¿Qué sabes tú de eso? ¿No era acaso hueco el corazón?*

"¿Eres tú? ¿Eres tú?" preguntó Frévog a las sombras. Nadie respondió. Espió las miradas de las jovencitas, pero parecían confundidas.

"¿A quién le hablas?".

"Ah. Ya entiendo amor. Si quieren hacerlo ustedes dos, está bien. Yo me iré, no esperarán que me quede viendo. Somos como hermanas" sentenció la que fingía. Se puso su vestido. Frévog le dijo que se callara.

"¿Qué pasa?" demandó saber la otra, y lo tomó del hombro. Él la animó a que mirara hacia los arbustos, pero sus ojos no se apartaban de él. Indignada, se tapó los pechos y el sexo. Luego, presta, se vistió igual. Y tomó del brazo a su amiga, y se fueron rápidamente.

*Frévog, se escuchó decir.*

III.

"¿Eres tú?".

El hombre no respondió. Caminó lentamente hacia él.

"Alto".

Pero no tenía intenciones de detenerse.

"Dije que te quedaras donde estás".

Frévog vio que la chica que se había preocupado por él, que había sentido amor, regresó y espió el arribo del desconocido; y la otra, ahora preocupada también, le urgió a su amiga que huyeran de ahí. Así que eso hicieron, corriendo en la oscuridad del bosque, esperando lo peor, mientras detrás Frévog observaba cómo las hijas de su salvación partían.

El hombre dio un paso más, y una daga se clavó justo frente a su bota oscura.

IV.

"¿A qué has venido?". Frévog buscó su mirada en la oscuridad. Su miembro se había retraído, su pecho estaba agitado. Se escucharon los rumores de las pisadas de las jovencitas, ya lejos de ahí.

Hubo este momento que era bien conocido por todos nosotros. El momento en que todo tiempo se detenía, y el aire se densificaba. El momento en que toda gesticulación era impertinente. Así que incluso la noche, con todo su contenido, se calló.

V.

"Soy juez, justo con los justos, injusto con los injustos: ¿es un laberinto? Cada cual desde su propia moral. Y todos hemos ganado, ¿no lo piensas así, Frévog?".

Frévog no dijo nada, pero fue leído.

"Seguro tú conoces mi nombre. Indaga dentro, y sabrás" dijo el hombre,

tocándose la sien.

Frévog sopesó tan rápido como la estupefacción le dejó. No era bueno conteniendo la violencia. Con cuidado, y un poco torpemente, tomó sus ropas, y se vistió. Era evidente, pensaba, que existía una coherencia, diríamos que un hilo hilvanado que aún no debía desnudarse. Era evidente que este hombre era la supuesta y temida leyenda, para lo que de cualquier manera fuera en verdad. Así que le siguió el juego.

"¿Qué haces aquí entonces?".

La parte frontal del hombre aún permanecía oculta, y en su contorno destellaba la luz de la luna. Pero Frévog notó que no había movimiento en él, no había respiración, siquiera alguno. Era una estatua parlante.

"Soy Morgón.

Soy Rey del Mundo Interno. Justo de las Montañas. Escrutador de la Noche. Hijo de la Tierra. Dios del Fuego.

Si hablastes *Lengua Anterior*, sabrías entonces la relación de todos estos títulos con el más simple denominativo que es Morgón.

Eres un hombre simple, puedo adivinar, y adivino. La respuesta que buscas es que de hecho sí, son más estas tierras. Por tanto, ¿qué haces tú aquí?".

"¿Es en verdad así?" preguntó Frévog. Pero tan pronto ese hombre había hablado, se dio cuenta muy dentro de sí, cuán terrible era esta presencia. De algo estaba convencida su capa superior y externa, este hombre no era un hombre ordinario, ni era dueño de tierras.

El llegado se inclinó hasta poder tomar la daga clavada cerca de su bota. Llevaba guantes negros. La tomó muy bien entre sus dos manos, y dobló el filo con simpleza y hasta con elegancia. Seguro llevaba artefactos metálicos dentro de sus guantes. Frévog peló los ojos, tomó arco y flechas. Una voló velozmente al lado del hombre, la otra fue atrapada. Se repitió la operación de romper, esta vez la flecha. Luego la que siguió, la siguiente y la otra última.

"Estas son mis tierras, hijo de Emerion, quien se dice ser señor de Krívik Norte".

"¡No hay Krívik Norte! ¡Vete de aquí!".

El hombre se lanzó a su cuello, luego lo soltó por la veloz daga que Frévog asestó al aire, una y otra vez. Entonces, Frévog atacó su cabeza desde arriba, pero las manos del hombre detuvieron la daga. Fue rota. Lo tomó

del cuello de nuevo, las manos no eran suaves, y los guantes no ocultaban artefactos metálicos.

"Conozco bien a tu familia, a tu padre, Frévog, hombre infame. A tu madre *Ánima*".

Dime de una buena vez que es lo que buscas aquí, ¿a qué viajas al sur?".

"¡Discúlpeme señor de Kayo Medio, no quise en verdad... ¡Discúlpeme Señor Morgón!".

Así fue. Frévog suplicó porque sabía que no tenía forma de salir de ahí. El combate se había acabado hace segundos, si bien siempre es que la muerte llegaba repentina no para al que se la sospechaba, y esto era una ventaja a su favor. Pero el hombre había ganado, como dicen en las querellas comunes, estaba encima de él. Su cuello se estrechó, también su otra mano fue sostenida.

Frévog vio sus ojos, ahora podía apreciarlos mejor, y parecían ser color avellana con destellos de un verde apagado. Su pelo era desaliñado, no podía ser ni de sur ni de norte. ¡No existía terrateniente alguno en estas tierras! ¡Las disputas nuevas que Emerion habría tenido que resolver! ¡Todos sabían qué pueblos eran leales absolutos y convencidos! ¡Krivik era leal! Había escuchado cada tonta historia de Morgón. ¡Sinceramente no podía creer que fuese más que un vulgar ladrón, pero su fuerza era increíble! ¡Este era un mercenario!

"¿Qué quieres de mí?" gimoteó Frévog, tratando de zafarse y de respirar. Pidió que lo soltara. Lo soltó.

El hombre se dio una vuelta y suspiró, y miró a Frévog hincado, tratando de alcanzar sus dagas.

"¿Qué estás haciendo?" preguntó consternado.

Frévog dijo "no sé" con la cabeza, porque no podía hablar. En verdad que no sabía qué estaba haciendo.

"No temas hijo. No temas hombre del hombre. El temor ha mareado tu cordura. Ofuscado tu pensamiento. Yo te he pedido que me dijeras tu propósito. Y además quiero de ti, que me digas qué es lo que más has deseado siempre".

Pero Frévog seguía estúpido.

"Entonces levántate, hombre infame".

Frévog se levantó. No había articulación de palabra alguna. Su impotencia creció a la vergüenza, como si en algún lado estuviera escondido...

*Padre. Juzgando.*

"Te he expresado mi conocimiento de que es posible que un hombre ordinario como tú, sepa quién soy". Caminaba de lado a lado, como quien explica un plan. "Al preguntarte cómo has sabido mi nombre, he sabido la respuesta de antemano. Y adhiere al hecho de que soy Morgón, que yo sepa el tuyo. Si bien todos acá pudieran conocer Krívik y Emerion, sin distinción de grado, nadie te conoce a ti.

Debes saber, por la leyenda, que concedo deseos insondables a los más hombres entre los que se dicen serlo. Estás aquí frente a mi sin saber qué hacer, desarmado de toda armadura, superado de todas las habilidades mentales y físicas, aunque ingenuamente estés pensando que fue sólo mala suerte la tuya que el combate se haya acabado, y que como bien dicen, en la guerra se gane lo que en la batalla se pierda.

Esto haremos pues. Mañana temprano me responderás sobre tus deseos. Las tierras que quieres poseer. El respeto que quieres conseguir... O el miedo que quieres imponer. Las cantidades de las salvaciones, es decir, cuántas, cómo y cuándo quieres las mujeres, y del mismo modo los oros. O si eres más listo, la maestría de las habilidades en las que ya eres bueno, pudiendo ser invencible, y la adquisición de nuevas. Un deseo de todos los mencionados es lo justo, y justo soy yo con los justos. Porque soy El Dios, y si eres hombre sensato, deberás saberlo al pensar mi nombre una vez más".

Y una nueva cualidad etérea y vaga gobernó el momento.

Se fue, así como había venido, oculto en los arbustos cercanos. Frévog quedó. Intentó mover sus paralizadas piernas. Intento mejor mover su voluntad. Luego de un tiempo pudo hacerlo, sosteniéndose de un árbol, y siguiendo su camino.

VI.

Corrió. Se puso a correr como si quisiera escapar. En su espalda las dagas que no se usaron iban chocando unas con otras, las usadas las dejó. Arco

y flechas también llevaba consigo. Finalmente una especie de espada que parecía inclinarse a un hacha de hecho lujosa, quizá había sido un regalo, era cargada en la cintura. Un lobo se dejó escuchar cientos de pies de ahí, calculó. Se acordó que una vez había derribado a tres lobos cuando su edad rozaba los quince años, aunque había permaneció en cama recuperándose en vendajes, se había rasgado toda la piel de los nudillos, y partido los huesos de varios dedos, algunos músculos del cuello había sido desgarrados también. Para ese entonces se había ganado el respeto de su padre. Después, como ya se intuye, iría en detrimento. Descansó sobre las faldas del primer árbol que las ofreció. Respiró profundamente. Todo se enfrió, se humedeció. Lanzó tres cuchillas en el árbol que le miraba, y se limpió la nariz. No le iba a dar un resfriado, porque aunque tuviera consecuencias posteriores, Frévog había aprendido algo que aplicaría. Había aprendido a "comerse" el dolor dentro de sí en vez de ayudarse del exterior, había aprendido una magia infame que muy pocos podían practicar, que tantos más debían hacer para sobrevivir: la magia de regresar aquellos padecimientos comunes ya no sublimados apropiadamente, devolverlos si no a la fuente de donde vinieron, a un infierno personal donde se quemaban mientras quemaban al que padecía. ¿Se extinguían?

Quiso alejar de su pensamiento lo que había ocurrido. Pero no podía porque simplemente no era pensamiento, un delirio, una fantasía, sino una realidad. Sacudió su cabeza. No quiso pensarlo. No quiso mover fuera de su cabeza nada. El desaparecer en la oscuridad del bosque, el mimetizar las sensaciones alrededor fue aliviador. Un hombre solitario como él se puede doler, pero siempre se reconforta de no tener que ataviarse ni preocuparse de amistades adosadas: de preocuparse por dar o no dar explicaciones. Aunque estaba Límunor, un simpatizante de él. No entendía por qué, aún después de tanto tiempo, seguía buscando oportunidades para hablar "seriamente" con él. Ya había intentado hablar con él, pero no podía soportarlo. Quizá hablaría con él de regreso, mejor aún, cazar, divertirse en el bosque, o en los bares, como solían hacer cuando se metían en problemas... ¿No podían ser, simplemente, hombres desenfadados que no hablan de cosas? Tenía varios fanáticos de su fuerza, y uno que otro que daría la vida por él, y aunque en un tiempo él y Fervor tuvieron que enfrentarse cara a cara con la fama que les precedía y con la obvia incomodidad de la situación, por las razones personales de cada uno, todo conflicto se había dejado de lado. Muchas mujeres habían tenido sus asuntos amorosos con él, no sin verlo con compasión, porque en el fondo sabían cosas relacionadas con su familia. Pero todo este fanatismo no era suficiente para calmarle. Su mente lo cansó, porque parecía apenas haberse dado cuenta de todos estos hechos.

*Todos los hombres comunes como nosotros. Creemos en todo lo que no comprendemos. Eres un tonto.*

Que la realidad de afuera tiene una pareja, un reflejo por dentro, que no olvida, y que nos altera. Y que esto y que todo lo demás que se explicará en detalle posteriormente. Las implicaciones son simples y complejas, todo por igual y por diferencia. Además de que...

*¡Cállate!*

Pero la línea conductora lo transmitió al mayor de sus deseos: ser Comandante Primero de la Guardia Real. Pero, ¡oh corazón humano!, ¿acaso no tuvo razón aquel hombre al haber dicho que lo que más quería era el respeto de padre?

*No lo hubo dicho, sólo lo hubo preguntado genéricamente, pensó.*

"Maldito demonio, espectro del bosque, fantasma de la oscuridad. Me has humillado, y ha sido suficiente". Quiso retener la idea, pero se desvaneció hacia los sueños. Dejó entrar el cansancio con toda su potencia, para aliviar el predicamento en que se encontraba. Durmió y soñó una pesadilla terrible, pero a veces sucedía que por divinidad encontrada, la mente nos protegía, y Frévog no recordaría lo soñado.

Fue de día. Amaneció descansado, en una posición más laxa que con la que se fue a dormir. Despertó desorientado de su derredor.

La luz de la mañana duró poco. Los nubarrones que se aproximaban del oeste amenazaban con alterar el humor del día. Evitó mirar hacia allá. Se adentró al sur frío. Frévog reflexionó que Morgón podría ser real, porque no era la primera vez que algo así de extraordinario le sucedía. Recordó su infancia. A sus ocho años, su padre le habría de llevar al sur, al Sur Real. Al recorrer Valle Oscuro, existía una puerta que nadie podía atravesar. Emerion le había mostrado la pila de esqueletos en posiciones todas, de personas que habían intentado hacerlo y habían sido expulsados y muertos. En buen humor, lo sacudiría abrazándole hacia sí, y reiría preguntándole si alguno de esos hombres y mujeres había sido lo suficientemente fuertes y dignos para tener las posibilidades de entrar, de ir más allá, al Bosque del Mundo. No sabremos nunca si Emerion creía que cruzar dicho portal era la última hazaña épica, la tarea definitiva del guerrero, y que algún día el pequeño de Frévog la lograría realizar. ¿Quiénes, además de ellos, habían hecho este hallazgo macabro, pudiendo contarle al mundo? Luego, una vez padre e hijo visitarían Castillo Norte, Castillo Rojo, antes de que se oficiara como Palacio de Justicia. Allí, aunque sólo Emerion podía cruzar al interior, pudo ver las lustrosas armaduras de rojo carmesí, de violeta, colores magenta, de los soldados apostados en filas algunos, haciendo labores en el claro del recinto otros. Y ellos le habían dedicado una mirada curiosa y de vez en cuando una sonrisa, por lo que pensó el niño Frévog que debía ser ese el

mejor trabajo posible: defender a los pueblos, mantener el orden. Y allá dentro había visto pasar una oscura figura con una larga capa que le llegaba hasta los talones; sus botas de metal cruzaban el piso sigilosa y calladamente, a pesar de su corpulencia de oso. Sabía que en algunos lugares le llamaban *Mi Señor*. Se diría en sus sueños descabellados de locura adolescente, que quería infundir ese tipo de miedo cuando cruzara las salas, cuando montara, un miedo cuya peculiaridad no había podido identificar. Era una ausencia de algo importante, una violencia no dicha.

Por cierto de ausencias, pensó en padre, quien parecía a veces no sólo cruel, sino falto de alma. Al pasar los años se le había olvidado cómo era el vigor de Emerion, los recuerdos de su padre regresando de sus rondines, a veces cansado y a veces feliz, insistían. Antes de que se hubiera vuelto un viejo sedentario que ya no disfrutaba de la naturaleza si alguna vez lo hizo, toda la familia, recordaba Frévog, era llevada por todo Camino Acordado. Pensó que al sentir tanta pasión por ser mucho animal, esta pasión venía más aún de otro lado diferente al linaje de su padre. Su rabia por su padre se habría avocado a la crueldad de sus actos, a la fortaleza de su cuerpo, y en algún tiempo antes de que los sureños trajeran consigo al odioso de Fervor, a la impiadosa impartición de la justicia de Emerion en el pueblo. La primera acción consistió en la revocación de los derechos de aquellos aún fieles al antiguo régimen, y de aquellos que habían sido alguna vez parte de los pueblos protegidos por la antigua corte del antes llamado Castillo Norte.

Empezó una leve llovizna. Detrás de él pudo sentir la presencia de aquel hombre. Se volteó a él. Ahora veía lo común y, sin embargo, lo extraordinario que era ese tipo. No era de esos lares, seguramente venía de las venas del sur, quizá de las tierras de Pájaro Azul. Su aspecto era a su modo de ver, estrafalario, y muy acorde con alguna de las casas acaudaladas de los terratenientes que gozaban privilegios venidos de Greverreth.

"¿Entonces qué respondes?".

"Señor. Lo único que necesito es llegar a mi destino, a los límites de Kayo Bajo, y devolver noticias de lo que investigue. Mi padre tiene asuntos pendientes con la gente de Méretis. Ese es mi único propósito". Se sintió exhausto de tal despliegue.

"Yo sé que no has arriesgado aún fe alguna" dijo el hombre, muy convencido.

"En este mundo de *los hombres rápidos*, debo otorgarles una prerrogativa

adicional. Benditos los que creen sin ver".

Se aproximó a Frévog.

"No es necesario que te sientas intimidado.

Mis formas son otras, como seguramente ya sospecha tu razón. Pero tu corazón está indeciso, y está a punto de decirme lo que estoy buscando, y lo que siempre he buscado en los hombres. Quiero escucharlos decir sus deseos, aquellos que jamás dirían, de los que se avergüenzan incluso en el pensamiento donde nadie más que ellos pueden saberlos. No nos hacen partícipes de los mismos. Ustedes *los hombres rápidos*, qué manera de dolerse, tan innecesaria.

Frévog, las desilusiones que has pasado al lado de tu madre, cuando ella misma no ha podido detener el horror de tu padre por temor de perder a eso que más ha amado, al amor mismo, el de una persona, en este caso Emerion. Dime quién es el enemigo aquí.

Eres espejo de ti mismo, no me gustaría decirte todas las cosas que sé, y si deseas llegar a tu destino, conozco un camino mucho más ligero. Una vez ahí, verás lo que has venido a ver. Y luego te propondré algo, dado que aún no me das lo que has guardado".

Le miró fijamente. Frévog sintió en su pecho el dolor que dolía vigorosamente hacia todos lados, no el que se retraía cuando usaba la magia infame. Pero este dolor físico, aunque lo intentó regresar varias veces, volvió aumentado el doble, el triple. Y por eso le dijo dentro de sí "sólo guárdate un poco, no te detendré, solo guárdate un poco; no aguantaría intentar regresarte de nuevo". Cerró los ojos fuertemente, y apretó el puño en el mango de la daga. Y, curiosamente, al abrir los ojos pudo confiar.

"No es lo que crees, es solo que necesito un poco de tiempo...

Esto es..."

"Lo sé".

El hombre lo llevó a un claro donde la llovizna se detenía, y pronunció unas palabras.

"Confío.

Aquí la Puerta.

La Llave yace dentro. Da un paso con el corazón.

Anith.

Zetl".

A orillas de claro, un arco rodeando una puerta de roca verde en la distancia apareció. Avanzaron hacia él. A su puerta, ésta se abrió de par en par, reflejando dentro, otro lado del bosque de Áprule. Entró el hombre, seguido por Frévog.

Lo primero que sintieron fue un frío intensificado en los muslos, luego aminorado hacia el ras del suelo. De alguna forma estaban muy cerca de Méretis. Al salir completamente, la puerta se cerró, y se selló. Se marcharon, y Frévog le dedicó al arco una mirada curiosa, como despidiéndose para siempre.

La noche acaeció precipitadamente. Los nubarrones se volvieron a hacer presentes. Frévog vio con el rabillo del ojo a su acompañante, pero el hombre seguía siendo, después de todo, un hombre. Una pregunta insistió en su mente, y el hombre le dijo:

"Eres alguien un poco inusual.

Estamos a poca distancia de Méretis".

"¿Hay con esto alguna prenda que deba pagar?" inquirió Frévog. El hombre respondió negativamente, y continuaron. Luego de caminar alrededor de un Ángulo de Tiempo, la lluvia se dejó caer definitivamente. Era la temporada y el lugar, fríos. Frévog, a pesar de esto, decidió volver a acurrucarse debajo de un árbol, y aunque se mojara no dejaría de dormir así. El hombre le había invitado a dormir dentro de las cuevas que suelen formarse en esos dormurios, pero se había negado. Entonces el hombre pasó su mano derecha arriba y abajo, pretendiendo algo. Se produjo un techo de carrizo. Frévog apenas iba a poner su cara de estupefacción cuando el hombre, después de este acto, se retiró a la susodicha cueva. Y un coro de mujeres cantó en la lejanía. Se acercó a Méretis, a apreciar más de cerca. Espió la procesión.

VII.

Cargaban una figura llena de adornos de caña y palmas que parecía el viejo Ángel, Frévog no estaba seguro de ello. Las filas de gente se escurrían al lado derecho del centro, a los circuitos de montañas rocosas que pronto, más adelante, se volverían inaccesibles. Esta era una primera corte. La segunda, la más nutrida, con el resto de los meretianos, se llevaría a cabo mañana temprano. Frévog analizó rutinariamente que, no había caso alguno adelantarse a los hechos, más valía esperar y luego escudriñar los recintos del enemigo.

Los coros de las mujeres le arrullaron, y no pensó en un momento que esto era despreciable. Durmió y soñó con un río cuyo nombre no parecía recordar. Ahora, si podemos juzgar que es relevante el contenido de dicho sueño, procederemos a poner atención en su descripción, pero si juzgamos que no lo es, entonces pasaremos de este párrafo. Ese día dentro del sueño, había una junta de niños a los que se les estaba enseñando a nadar. Probablemente, en uno de tantos recorridos a las lagunas de Zékivel del la Región Z, o más al norte. A los muy pequeños los llevaban los padres sobre las espaldas, o delante de ellos pero cogidos de las manitas. Los que rondaban los siete años eran arrojados de la orilla por un hombre, y aunque esto no era necesario para muchos de los niños que ya estaban acostumbrados, era un ritual de hombría. "Cuídalos desde ahí, Gremereth" dijo el hombre, frunciendo el entrecejo, hacia una mujer cabello trigo, esbelta y alta. Luego esta mujer se tiró de la orilla, en un clavado perfecto, y apareció a mitad del suave caudal. "Dónde estamos, papá" preguntó un pequeño de cabello rojizo. El pequeño Frévog de cinco años. Emerion lo lanzó. Frévog sintió el agua inundando las cavidades de su cara, y la suave y fría sábana-piel del río en su cuerpo. Las fosas nasales pasaron agua en un intenso y agudo dolor. Pataleó a todos lados, y el empuje de agua lo flotó. Nadie lo había notado, al parecer. El hombre centinela lo miró desde la orilla, y con indiferencia regresó su vigilancia a los demás. "¡Qué tonto eres! ¿No ves cómo lo hacen los demás? ¡Tú puedes hijo!". Vio a su padre, que lo tomó de los brazos, y luego sintió que los mismos lo hundieron. Enervado, se hundió, conteniendo algo de aire. Luego éste se fue en pompas arrebatadas que se rompieron en miles más pequeñas cuando las alcanzó con sus movimientos turba-aguas, y se dejó en las profundidades. No pudo despertar del sueño. No pudo despertar del recuerdo. Fuera del sueño, la lluvia arreció y un viento intenso que provenía de encima de los montes rocosos le acompañó. Todo esto amenazó con romper el techo que había materializado aquel hombre misterioso, pero los ojos de Frévog se seguían moviendo incesantes bajo los párpados. Dentro del sueño, alguien lo tomó, y lo subió a la superficie, y a la orilla. Estaba inconsciente, pero escuchaba a su padre discutir acaloradamente con la mujer Gremereth. Cada tanto ella lo besaba, para devolverle aliento. Recobró el sentido, y tosió. Su padre lo tomó de la mano, y lo arrebató de la mujer quien le dijo "¡iloco!". Estaba aturdido todavía, pero su corazón palpitaba aceleradamente. Su padre lo volvió a tirar al agua, pero debajo encontró una piedra enorme que le dio un impulso, esta vez manteniéndolo a flote, aún aturdido, y escuchó y vio en

la orilla que padre era golpeado por el hombre instructor. Y luego el esfuerzo de mantenerse a flote no le dio para más, y se fue hundiendo de nuevo. Sus ojos se inundaron, esta vez eran lágrimas. Despertó.

A la mañana hacía calor. A lo lejos, se escuchaba el delicado sonido de una corriente de agua, un pequeño arroyuelo. Fue. Se desnudó y nadó, repitiendo una reminiscencia que vagaba en el recuerdo. No sabía por qué, sólo sabía que esto tenía un significado. Se lavó todo el cuerpo, regresó después a su choza improvisada. Luego de que lavara profusamente su ropa, la pusiera al sol y esperara un Ángulo de Tiempo para que ésta se secase, se vistió, y se sentó sobre una roca. Luego se posó a las orillas del claro y su mirada examinó allá abajo, a Méretis. Todo se veía tranquilo. Y entonces vio el inicio de la segunda procesión: las mujeres probaban las monturas de los caballos, preparaban enormes canastas de abundantes flores de todos los colores, aunque las azules y rojas predominaban. Se daban afecto, besándose en las frentes, en las mejillas, a sus hijos, y luego buscaban a sus hombres. Los hombres llevaban la comida y las armas. Pero esto último se ocultaba dentro de compartimentos inferiores en los carros, así como en las monturas de los caballos. Cerraron las casas e hicieron una especie de rito de despedida, con velas encendidas a la luz del sol, pétalos secos así como fruta marchita: se tiraron por las calles, caminando al revés, hasta que salieron del pueblo. Y luego emprendieron el viaje. El hombre misterioso apareció detrás de él. Frévog lo miró, lo saludó, le dijo que esperara ahí mientras iba a inspeccionar. Frévog caminó sigilosamente a la orilla del sendero por el que iban a pasar. Se ocultó en los arbustos.

Cada tanto había hombres en caballos mirando a un lado y a otro, a paso andante y desenfadado. Luego pasó un hombre que parecía importante, por el parapeto y el casco que llevaba debajo del brazo, parecía ser un general. Hablaba con otro hombre, de manera también desenfadada, quizá por razones operacionales. Esto fue lo que escuchó:

"Serán las últimas Lluvias de Marzo, al menos hasta que las cosas se aclaren".

"Nadie cree en las mentiras del norte, mi señor".

"Oh pero eres tonto si no lo haces. Por supuesto que no son mentiras.

Deberemos prepararnos, en el viaje de regreso. No podemos ceder las tierras, porque de honor y de pagar las visitas de nuestros amados hermanos vivimos y caminamos a la costa, dejando nuestro pueblo".

Toda la caravana pasó delante de él, se alejó, y se perdió allá donde la roca prevalecía y se alzaba cada vez más. Retornó a donde el hombre le

esperaba.

"¿Has visto lo que querías ver?"

"Así es, visto y escuchado, una parte al menos.

Dime mi señor de Kayo..."

"Oh pero no tengo interés en tu asunto.

Debes haber sospechado ya, que no soy precisamente señor de tierra alguna, ningún Kayo Medio, aunque si por costumbre habláramos, muchos caminos de ahí me pertenecen".

Frévog suspiró.

"Me pregunto sólo qué debo de hacer ahora.

Tal vez un consejo sería lo que te pediría, con tal de que me concedieras el deseo que me pides que te pida y..." se detuvo, bufando en confusión.

"Sin embargo" continuó, "creo que esto es una pérdida de tiempo".

El hombre espió su mirada. Supo que esto no se atrevería a pronunciar nunca, pero parecía que por alguna razón Frévog estaba más abatido que antes. Lo que no se había dicho nunca a los cuatro vientos, ya había causado un efecto en él. Todo el mundo destruido en un hálito oscuro. Por el Dios de Hierro, por el Dios de las Guerras, de la Sangre y de Poder. Si Frévog regresaba ahora con cualquiera que fueran las nuevas, en lo inmediato no tendría nada para sí. El amor de madre era la única fuerza para mantenerse a flote, la única y verdadera. Como se ha mencionado, su decepción de no tenerla a su lado y de ser permisiva con las perversiones de violencia de padre, le dieron a Frévog la terrible libertad de olvidar que el amor de madre era simplemente el más poderoso, el más cálido, y el más primordial, aunque a hoy no lo pareciera. Aunque éste estuviera cegado por el enamoramiento de un tercero que no provenía de las entrañas.

*No mereces ser llamado mi hijo.*

Y además, si ganaban esta batalla, ¿vendría una guerra aún más grande?

Sabía que el mundo no había estado en tal desbalance como ahora, porque incluso Frévog que no había sido destinado a instruirse en las bibliotecas de Zupriori, el punto comercial y económico de Foresfo Norte, que no era ni sería jamás docto en ciencia alguna, que si le hablaran de las estrellas, del significado de la vida, se rascaría la cabeza, Frévog sabía que las injusticias aún no pagadas estaban llenando el frasco de lo

natural. Krívik tenía todo el poder del apoyo real, y jamás había habido ya algún tipo de insurrección. Se preguntó si detrás de esta disputa existía algo más, si era todo producto del egoísmo de padre. Abandonarlo todo e irse, parecía tan seductor. Y de cualquier manera no creía que esta acción escalase superlativamente a su caza por traición a los intereses de la corte nueva, porque Emerion era un tirano, y ya gobernaba su pequeño pedazo de mundo, y al ser todo esto tenía el poder transferible del sistema. Más bien Emerion olvidaría para buenas nuevas suyas, que alguna vez tuvo un heredero insuficiente.

"Entonces pide que yo lleve las noticias. He visto tanto como tú, sentido y experimentado lo mismo, así que podré dar el mensaje fidedignamente".

Frévog abrió bien los ojos. Era un truco.

"Pero señor Morgón, ya me ha concedido dos deseos por los que aún no he pagado. Me ha traído hasta acá, me ha dado techo en la noche copiosa, por lo cual le agradezco, no podría pagarle tres prendas en total".

"Los otros dos fueron nimiedades de circunstancia, pero no de causa. Y yo soy Dios y Hombre de causas. Este mandado me parece más interesante, ya que quisiera conocer a tu padre. Este será tu verdadero deseo, y luego del que te pediré la correspondiente prenda".

"No lo sé" pronunció Frévog. Luego de un mudo rato, aceptó. ¿Por qué? Ya que se había presentado esta oportunidad, miraba al desolado pueblo de Méretis en completa quietud. Sólo parecía tintinear un conjunto invisible de metalitos colgantes más adentro en las casas más céntricas. ¿Tanto por tan poco? Krívik era un reinado comparado a Méretis.

Si este es el Dios... por Ángel.

Pero era demasiado tarde, porque el pensamiento que es infinitamente más rápido, ya había hecho la plegaria, de la que ahora se arrepentía. Y la respuesta había sido desarrollada.

"Ve entonces y da las noticias a mi padre, señor Morgón. Preséntate como el Señor de Kayo Medio". Frévog se ruborizó un poco, porque además de todo no es necesario expresar que este deseo era un simple ejercicio, tan absurdo como que Emerion se lo creería.

*Pero a un Dios no se le corta camino.*

Lo miró por última vez antes de que partiera. En los ojos avellanados del hombre, Frévog creyó leer algo. Desapareció rápido dentro de los

arbustos, y Frévog alcanzó a gritar: "¡No lo mates!".

## VIII.

La procesión hace mucho que había partido. Estaba solo. ¿Qué había hecho?, se preguntó, sin poder explicarse la facilidad con la que había caído en una trampa así. Le habían advertido "Morgón es un asesino de hombres". Pero no podía serlo. Ese hombre... Ese hombre era noble. Era extraño que lo creyera, pero a decir verdad que había tenido más de una oportunidad para matarlo, de volverlo prisionero, torturarlo entre lo que fueran sus manos. Aquellos ojos, aquella forma inhumana que lo rodeaba en el momento en que se apareció. Su padre le había advertido, pero no le había aconsejado que llevara hombres.

Porque como ya parece haber quedado claro, el hijo debía sacrificarse, por el padre que así se lo ha ordenado. Con esto es que nosotros los hombres comunes podríamos decir "¡cuán valiente es el hijo! ¡Qué estoicismo! ¡Qué recto que es!" Y la correspondencia paterna habría sido ignorada, o aumentada a un plano superior, de esta forma de todos modos obviada, una cobardía tanta cuanto que el padre había sido alguna vez también un hijo. Si en algún lejano y casi olvidado recuerdo padre había ahogado a hijo, era por el deseo de padre a que hijo se superara, si lo había hecho de nuevo era para que hijo venciera toda posibilidad de muerte, para probarse a sí mismo, y a través de dicha superación, probarse hacia el padre. Perverso el deseo de conquistar la muerte. El hijo, un guerrero despiadado, realizado, se convertía así, en un señor de la muerte.

Mas podemos ser osados y decir que reducimos toda una humanidad a los eventos particulares de su despliegue, a este caso padre-hijo por ejemplo, y decir todavía que son un sólo ser que se ahoga a sí mismo, por tanto preguntarnos: ¿no hemos perdido un elemento crucial debajo de la superficie de esta trama existencial? Y personalmente nos quejaremos, ¿cómo se llama el honor que debemos pagar al templo propio, en vez de mal llamar honor a la paga a todo lo demás a costa de la integridad del cuerpo? *Todo por igual, y por diferencia.*

Siendo Morgón tan poderoso como parecía serlo, tan sabio, tan elevado y elocuente, ¿habría indagado en sus pensamientos? ¿Era Morgón Dios o Asesino? ¿Qué impedía que fuera los dos? Pensó Frévog que desde pequeño, la única instrucción diferente al viejo Ángel, la cual por cierto no era muy presente en él, era el tributo a los dioses del hombre, a Castigo,

a Dolor, a Lecciones Aprendidas.

*Por el Dios de Hierro.*

*El Honor al Poder.*

*A las Guerras Invictas.*

*Que la Sangre se derrame.*

*Y se acumule el Poder.*

*En Castigo, En Dolor, En Trabajo, Y en Lecciones Aprendidas:*

*¡Bendito sea el Niekrimurum! ¡Bendito sea el Nigromante!*

Había significados evasivos, y luego estaban los dogmas. Para los hombres que se persignaban con la espada ensangrentada del cordero, no había más que infierno prometido después de esta vida. Las mujeres alcanzarían el cielo por un derecho también predicho. Los hombres, cuando alcanzaban la gloria en esta tierra, al dominio de los demás, alcanzaban aquí mismo el cielo personal, y las promesas de recompensa ulterior eran innecesarias. ¿Era esto soberbia o desconocimiento? En todo caso madre solía padecer de un dogma semejante, mientras se persignaba el círculo en la frente. Ella se consideraba angelicana, creyente de Ángel, no feligrés que en estos tiempos significaba poco más que nada. El Ángel le prometía todas las buenas nuevas. Aunque como madre había comprobado ya, no podía salvarnos a un nivel personal. Madre se había casado con un monstruo. Y cuando Emerion la hubo engañado o la hubo golpeado, madre dijo "ayúdame a entender, Ángel bendito", cerrando las manos, bien apretadas. Y cuando no la hubo golpeado o cuando estuvo contento, ella dijo "gracias al Ángel todo está de maravilla"; entonces Emerion se rió a carcajadas porque toda ella le había parecido graciosa. Ahora en la vejez la miraba, y luego la ignoraba. Así, la alegría venía a ella en función a él, o desde una fuente que la hacía amar todo, los tratos, la costumbre.

"Ve entonces, averigua" se obligó a sí mismo. "Los arados ya están avanzando", diría su abuelo paterno alguna vez. Abajo, Méretis esperaba. Antes de investigar dentro, decidió hacerlo en los alrededores, buscar fuera de Áprule algún pueblo en esta línea ya perteneciente a la altura de Tot. Solamente se limitaría al primer pueblo que viera.

## IX.

A la noche, en Krívik, las murallas se hallaban apacibles. Eran las paredes hechas de las mismas rocas lisas crecientes y abundantes de las montañas colindantes. Las murallas no encerraban completamente a Krívik, sino que se extendían en el lado oeste hasta topar con sus hermanas naturales en formas de riscos. Alrededor del amurallado había tres atalayas abandonadas al día de hoy, porque las antiguas batallas las habían vuelto inservibles. Los techos estaban estropeados, y una torre sobrevivía, abanderando el amarillo y el blanco de la actual administración. Las puertas originales habían sido quemadas, y tapiando dicho escombro habían tablas puestas apenas unos años atrás. En la negligencia típica de Krívik, nadie jamás restauraba nada. Existían dos pueblos adscritos a él, adosados a las orillas externas de las murallas. No se trataba de un reino, mas era un ayuntamiento que se ocupaba anteriormente como hospedaje para vivir por temporadas, para facilitar la visita a las costas ahora inaccesibles, tanto por el olvido de cómo llegar a ellas, tanto porque dos generaciones atrás que se había asentado una extraña neblina helada que con la humedad de la misma costa las volvía muy peligrosas. El edificio principal no era más que una torre regordeta que Emerion había querido lucir en magnificencia e importancia, mandando hacer dos torres nuevas a sus lados con las mismas banderas de la atalaya sobreviviente.

Esa noche, *aquel* hombre había visto de muy cerca cómo era que se unían los pedazos de roca en las murallas, cómo a veces aparecían aquí y luego por allá rodeando, fragmentos intactos de cañoneras, luego destrucción y escombro. Había visto cómo el moho insistía en crecer como ráfagas verdes en el lado más húmedo, o las ramas parásitas que se apoderaban de las rampas superiores, escalando las alturas más allá de su sujeción, queriendo desafiar la gravedad. Nadie se había enterado de él. Y en realidad no sabemos si estaba viendo esto con la contemplación limitada de su humanidad, caminando alrededor de la muralla, es decir desde la imaginación, o como un algo de envergadura tamaña.

Dentro de la torre principal, Emerion y su consejo estaban compartiendo en el salón. Emerion yacía sentado en una majestuosa silla de madera pintada color mármol oro. Inspeccionando su rostro, lo primero que comprobábamos es que si era severo, sólo lo podíamos adivinar desde la mirada, que siempre revelaba un *algo* o una *ausencia*; su vejez volvía su rostro ya contrito más allá de un gusto particular, y esto le había pesado años; el desprecio de la validez de las ideas ajenas estaba indiscutiblemente impreso en cómo miraba, que si fuera un hijo de vecina encontraríamos irritante pero al ser alguien de poder, encontramos más bien intimidante; su rostro había sido muy guapo en la juventud, y el caimiento típico que la edad provocaba en la piel no había mermado dicha

cualidad; además, su cabello blanquecino y con trozos del color original, un rojo cenizo, era largo y abundante, desaliñado hacia todas partes, no obstante lo suficientemente grueso era para que en lugar de elevarse por el metal de la silla, por el contacto del cuerpo con el asiento, se asentara sobre la espalda alta.

Afuera, varios hombres morenos, Fervor y compañía, daban su último juego de espadas antes de desistir a la noche y rendirse, y uno de ellos preguntó "¿por qué mi señor aún no se decide?", y Fervor se preguntó lo mismo. Dentro, la corte de Emerion eran cuatro hombres en una mesa de media luna que apenas se encaraba a él. Sobre las redondas paredes había estandartes largos colgados de techo a piso, amarillos y blancos. Emerion volvió su mirada a las paredes, ¿cuánto más para que fuera lo más parecido a un recinto real?

Ataviados en varias prendas lustrosas y diademas y pulseras de color oro, los hombres de la corte de Emerion querían emular el profuso afán de parecer importantes ante él. "Emerion, señor de Krívik" decía uno de los hombres de la corte, "había ido de nuevo al Palacio de Justicia, la primera vez hace veinte años, y esta vez había traído cargamentos, regalos del Rey, y una carroza llena de banderas rojas y amarillas. Una de ellas era para la torre única alrededor de la muralla, las otras para la torre principal y sus torres adosadas. Por supuesto que los nombres cambian, la primera vez que iría se llamaba Castillo Norte, ¿no es cierto señor Emerion?". Este hombre que hablaba tenía canas grisáceas, pelo denso y abundante, más encrespado y chino, sin llegar a los hombros; la piel morena, y vestía esta noche de un dúo de colores negro amarillo, de zafiro y rubí eran las pulseras adornadas. Todo parte de los regalos de Emerion, y del Rey a éste.

Un jovenzuelo sirviente llevó vino. Detalles como que detrás de su aplanado sombrero amarillo, una capa blanca caía a lo largo de su espalda hasta los gemelos de las piernas, no habían conocido anteriormente los krivikianos.

"Treinta años hace que pisé Castillo Norte" corrigió Emerion. La segunda vez que había visitado el todavía Castillo Norte, a Emerion lo habían asignado jefe de Krívik, para repeler a la antigua corte y al llamado pueblo secreto, uno de tantos a decir verdad, que nos enteraremos si no es en este relato, en los posteriores y complementarios, que un término tan ligeramente usado aquí refiere más bien a una generalidad. El entonces jefe de la comuna, Akunto, huyó, dejando a su población a merced de Emerion y los soldados de la nueva corte. Al día siguiente Emerion había ordenado a sus hombres darle caza por traición a la causa real, y por cobardía, por deshonor. Nadie se había opuesto: el pueblo Krívik se había unido en único clamor pidiendo su muerte; esto le simpatizó a Emerion, y, condescendientemente, amenazó a los fieles al antiguo régimen a alinearse al nuevo régimen de Greverreth, o ser ejecutados en la plaza de

Tot, en presencia de la temible figura que algunos, por miedo, llamaban *Mi Señor*. A pesar de exhaustivas "cacerías", a Akunto se lo había tragado la tierra; pero Andrés, un habilidoso rastreador, había dado con indicios de él, sin embargo que nunca lo reveló. Luego vinieron los sureños migrantes y con ellos, un muy habilidoso Fervor de ocho años. A los doce años, Fervor, junto a un grupo de hombres ya fieles a él, cazaron a Akunto, en una ladera cercana... ¿Cómo habían dado con él? Fervor le llevó la cabeza cercenada, los pies, y las manos, a Emerion. Desde ese entonces se contaría de las hazañas y de la brutalidad del todavía adolescente comandante, y Emerion lo haría su preferido, por sobre su hijo Frévog de diecisiete. Por otra parte, Andrés fue castigado por su omisión, cumpliendo faenas trabajosas, cargando armaduras para los destacamentos cercanos.

"Señor, ¿debería preguntar cuál es la buena nueva?" dijo otro de los hombres, mirando de reojo, arriba y abajo, las manos del sureño moreno, el vestido de negro-amarillo, cuyo apellido Del Mar y su nombre Fregués le hacían pensar aún más en esos lados. Emerion, conocedor de gran parte de Foresfo Norte, recordaba haberlo visto antes de haberlo conocido en cierta manera peculiar. ¿Y por qué era parte de la junta? se preguntaban los otros hombres, pero sólo en sorna, pues se sabía que su hijo era nada más ni nada menos que el prodigioso y sanguinario de Fervor. Fregués Del Mar sin embargo que ya no practicaba el arte de la guerra, sino el amor por las fortunas del mundo, besando los pies y los culos del que estuviera arriba. Así habían sido todos en su familia, así se había enseñado, y todos en su familia exceptuando la abuela, habían "subido" los niveles por dicha práctica. Hoy en día los caballeros eran más codiciados por la Real Corona, que los guerreros, quienes eran puestos en faenas más aguerridas, sin paga de honores, incluso siendo repudiados por alguna vez haber seguido sus propios caminos, en lo particular vistos como la ocasión de toda la violencia del mundo. Este hombre que preguntó a Emerion, se parecía a los otros dos con los que junto al ya revelado Fregués Del Mar, se completaba el número de esta junta. Eran éstos, tres hombres más que menos el mismo, con variaciones en la extensión y el grosor de la barba, pero en general: casi calvos, vestidos en túnicas majestuosas, adornados en anillos, con panzas de jarrón redondo, de setenta años de edad aproximadamente, así como Emerion lo era; a contraste de él, ellos tenían facciones más gruesas, que respondían a una herencia de piel un tanto menos pegada al hueso, más copiosa y también más verrugosa, que creaba un extraño efecto de abultamiento sobre las fosas nasales, engrosándolas más allá de la verdadera forma manifestada hasta la adultez primera.

"Esta vez el clamor del Rey Legítimo de Foresfo," comenzó diciendo, "el Rey Nachlässig, se escucha en segunda emisión. Él, como rey justo, apremia a los pueblos valientes que retrajeron y destruyeron a las fuerzas oscuras, y vencieron a los enemigos de la corona. Nosotros los hombres simples y comunes, de poca investidura, señores de tierras, llenos de

orgullo en el pecho no obstante, nos preguntamos cómo pudimos hacerlo, o cómo lo haremos aún más si existe todavía reminiscencia de resistencia. Todo desertor de la bandera roja es bienvenido a ser pasado a espada. El Rey envía sus regalos, nos pide que hagamos un festín de tres días en nombre de la Real Corona, y nos exhorta a continuar firmes a recuperar el Gran Norte, aquello que los pestilentes costeros y los impíos verdes del Bosque del Mundo, allá de las Montañas Extela, han robado egoístamente. Nos piden cambiar las banderas, todas en el Gran Norte serán ahora acordes a las del Palacio de Justicia. Así nos han pedido que se haga, así nos lo pide el querido Rey Nach, El Comandante de Oro".

Hubo aplausos atronadores que llenaron la sala. Todos vinieron de ese trío de hombres cuasi-calvos que eran en realidad uno en tríplica. Por otro lado unos aplausos fueron amablemente concedidos de parte de Del Mar, quien creyó que el discurso había sido en algunas partes inadecuado, por las razones que únicamente él conocía. A juzgar por la apariencia al menos podíamos describirlo como una persona altamente educada de las bibliotecas oficiadas. Las adulaciones eran para los adulados que eran también tontos, pero Emerion no lo era. Fregués movió la cabeza diciendo que los regalos eran bienaventurados. "Desde ahora las riquezas y el poder están en las manos de los justos" admitió para sí, no sin pasar sus dedos alrededor de la copa de vino que sostenía.

Se sirvió un festín que daba inicio a los tres días de celebración. La grandiosa envergadura del reino, porque jamás se había tratado a estas personas de tal manera. Emerion alzó los brazos cuando las banderas fueron traídas por los sirvientes improvisados, los cuales llevaban a tono igual caperuza amarilla blanca. Del Mar pidió un vaso con agua, y tres copas de vino rojo, las que fueron puestas frente a él una tras la otra, en fila. Luego pidió que cuando la última copa de vino roja fuera consumida, le llevaran otra más de vino blanco.

"Mi señor, a propósito de estos costeros, ¿existe ya alguna noticia?" preguntó Del Mar de pronto, mientras miraba a su copa, luego posando sus ojos en Emerion. Esto a los hombres-que-son-uno-solo los dejó boquiabiertos. "¡Cuán descortés era! ¡Qué falta de etiqueta!".

"¡Del Mar!" dijo Emerion, acomodándose en su trono como a punto de contar una historia tan más interesante, "de eso ya me encargo. Tengo a mi hijo averiguando en Kayo Bajo, a estos ángulos de la noche que debe estar en su última jornada, y volverá después de esto, si bien he calculado por supuesto. Según sé es una tradición que llevan a cabo, pero estamos de acuerdo en que las tradiciones son como el cristal: se rompen". Sorbió de su bebida, y continuó "Y son luego reemplazadas por nuevos cultos que incluyen una nueva visión del mundo que vivimos, todo en una mejoría y bondad, en beneficio de la consolidación del hombre de guerra, no se diga más. Mi padre esto me ha instruido, *que en las aguas de vida se conserve*. Mi hijo, no se equivoque, no es ningún vocero. Ni espero que llegando la

hora cedan pacíficamente, porque no se puede esperar tal divinidad. Si sabe que están yendo a Lluvias de Marzo, entonces no tenemos mucho más que hacer, ¿o sí?".

Al dejar esto en claro, un dejo incisivo pareció haber emergido al imaginario de los polihombre, que ya en su segundo bocado, fueron detenidos por una tensión nerviosa invisible y que operaba en ellos como si de hecho fueran un solo ente.

"Por supuesto, mi señor" dijo Del Mar. Un hombre muy propio. Un hombre sureño, precisamente.

"Bueno, ¿puedo preguntar cómo es el Palacio de Justicia, mi señor?" aventuró un tercio del monohombres, "para ser cortos, yo jamás lo he visitado, dicen que es magnífico".

Emerion les habló de detalles como la vista y la primera impresión. Las dimensiones de las salas, la emoción al ver dieciséis banderas grandes y rojas en cada una de las dos paredes de la entrada que rodeaban el claro, luego una más grande que todas sobre el recinto principal, ondeando imponente. Contó sobre el ejército de hombres a disposición directa de Greverreth. Las armaduras, contó, eran rojas, purpureas, magenta. Habló sobre lo que hacían, caminando por todos lados, los que estaban de guardia en tierra, los que hacían de centinelas, y otros más allá en los corredores superiores cuya misión no se podía atisbar desde abajo. Contó que de vez en cuando caían listones enormes, de color rojo escarlata, desde los merlones. Contó que incluso las puertas de la entrada principal, largas y pesadas, estaban pintadas de un rojo oscuro bastante elegante y majestuosamente decoradas con marcos de oro. Dijo que la corte como los invitados casuales, los que llevaban algún menester, eran en su mayoría personas importantes, terratenientes al menos de una porción larga de colina. Afuera había pueblos adscritos, como sucedía aquí en Krívik, mismos que gozaban de los beneficios de estar cerca de la riqueza de la corona, y eran unificadamente llamados Tierras Doradas.

Y luego que habló de esto, todos se pusieron a especular. Del Mar miraba embelesadamente, pensando en la gloria de la guerra que pronto su hijo podría experimentar. Y lo que Emerion no les había contado era el papel que él jugaba en uno de los asuntos importantes de la corona. Emerion recordó, aún con miedo, cuando había entrado al recinto de Castillo Norte por primera vez. Para lo que servían las plegarias eran para alejarnos de los malos miedos: para las personas del Gran Norte, la luz del Ángel persignado dentro del círculo de la frente; para el Castillo Norte, la luz y fe de Sol.

*Dios que iluminas y calientas todos nuestros días, estás por extinguirte.*

Pero allá en las salas más ocultas, cuando dos guardias lo habían llevado a una cámara sólo para ciertos concilios utilizada, una inquietud fue perenne. Dos hombres habían ocupado asiento ya, uno de ellos llevaba una túnica, muy similar a la que uno de los amigos de su señor padre Gnörr de Ztäff, llevaba cuando todavía vivían. Era un hombre que de astronomía y conocimientos más extraños parecía saber mucho, pues era un practicante de las llamadas Bajas Ciencias. Dos guardias dentro de la cámara llevaban túnicas de tonalidades más oscuras de los colores que normalmente se veía en el exterior de esa secrecía, como si la gradación cromática de fuera hacia dentro tuviera qué ver con la rigurosidad y severidad de los asuntos discutidos. Los guardias se habían apostado detrás del asiento del rey, que tenía un largo respaldo en forma de cuchilla. Cuando Emerion finalmente hubo entrado, cerraron las puertas, y una claraboya que se encontraba sobre la cámara permitió la entrada de una tenue luz densa, que apenas se escurrió por sobre de la mesa. Le indicaron que se sentara, y así hizo él. El Rey Nachlässig, carismático personaje de las multitudes, ahí perdía un ímpetu primordial. La incómoda armadura dorada que llevaba era innecesaria ya, de modo que se la quitó, entregándosela a uno de los guardias, quien la puso detrás, en otra cámara que por el eco de la armadura al ser lanzada y golpear el piso, sugirió que era pequeña. El guardia cerró la puertezuela de esa cámara. Pero el Rey Nachlässig también llevaba un extraño collar que no se quitó, una especie rara de collar hellequín, al que bien todos estaban acostumbrados: un anillo forjado en oro con forma de destello, finas puntas que sobresalían, y el cuerpo de las puntas parecía también atravesar el anillo y tocar ligeramente el cuello del rey. Esta visión le causó espanto a Emerion, y al pensarla carraspeó incómodamente. La mirada del rey era aún más perturbadora, como arrebatada hacia otras ideas, que hablaba y se dirigía a él, pero de manera pausada, calmada, o más aún calculadora, como sopesando cada palabra cual si la frase debiese salir perfecta y escribirse en un libro a medida que era pronunciada. Le presentó a los otros dos hombres, al tiempo en que uno de los guardias le pasó un cofre. Emerion procedió a sacar del mismo, un objeto envuelto en una sábana de satín púrpura. ¡Qué regalo sin paragón! Y luego retiró delicadamente la sábana para descubrir el objeto que aún le perseguía en sus sueños, en los más buenos y en los más malos: un cubo de metal, lustroso, plateado, imposible. La luz le dio un aspecto perfecto e inmutado, una simetría justa, las aristas cortaron el polvo que flotaba. El rey le contó que dentro del cubo encontraría un regalo, de todos el más. El rey habló de la muerte de una forma que Emerion jamás había escuchado. Habló sobre un principio de transformación y transgresión sagrado, de un espejo, y de qué tantas cosas incomprensibles. Luego le dijo lo siguiente:

"Dentro, La Esfera Oscura. Con ella, ve y conquista aquellos pueblos alrededor, bajo el nombre de tu Krívik. Ven luego de diez años cuando aquellos, los más conflictivos entre los conquistables, no puedan más que pedir una afrenta totalmente abierta. Prepararemos el terreno. Venid de

nuevo, pues será el *segundo tiempo*, antes del *último tiempo*".

Esa noche los hombres de la junta, excepto Del Mar, habían compartido un poco de vino tinto, de blanco, y de mucho más en cerveza. Quizá el más calvo de los hombres símiles, pensó Del Mar, había tomado de lo compartido más de la cuenta.

Emerion se retiró a una sala contigua acogedora, muy cerca de su dormitorio. Estaba dando un último vistazo a un mapa de la Columna Áprule, donde también se podía apreciar los poblados cruzados por Camino Acordado, detenido en el río Ámpoc. Usó figurillas con formas de triángulo, cubo y esfera pintados de rojo, para detener las esquinas del pergamino. Afuera, a la luz intensa de la luna había llegado un hombre, presentándose a Fervor y compañía, y sido escoltado por uno de los compañeros de Fervor y por él mismo, quien muy de junto los siguió desde atrás. Cada vez que atravesaban una puerta para llegar a la siguiente sala, ambos no perdían la oportunidad de examinar al llegado, quien había pedido ver personalmente a Emerion. Al llegar al pasillo último, el compañero de Fervor le indicó que esperara, y entró cautelosamente, cerrando detrás de sí la puerta.

"Señor, disculpe la deshora, alguien le busca. Dice ser señor de tierras en Kayo Medio. Insistió gravemente".

Emerion hizo una mueca, y pidió sucintamente que lo hiciera pasar. Asuntos menores e impertinentes, pensó Emerion, habían sido lidiados a horas inadecuadas todo el tiempo. Este hombre daría una retahíla de improperios sobre el mal comportamiento de su hijo en las supuestas tierras medias, fue lo primero que conjeturó. Admitió condescendentemente que no era él un conocedor de cada punto geográfico de los Kayos. Consideró el asunto a la de ya, como una pérdida de tiempo.

El hombre entró. Era bastante inusual. Llevaba una capa oscura agarrada al cuello con un prendedor dorado en el hombro izquierdo, un efecto que mostraba una especie de criatura desconocida. Por el título presumido, le dio este detalle un aspecto de charlatana importancia. El pecho estaba cubierto por una solapa de un dorado apagado. Su cabello era largo y ligeramente encrespado, oscuro lo suficiente para no ser lo que Emerion denominaba "un sureño real". Su barba era tres dedos de larga, más profusa que Del Mar, aunque menos gris, así que debía estar en sus cuarenta años. Su rostro era bastante elocuente, la franja de la mirada caía inteligente y los ojos eran dolorosamente acendrados, pero las cejas apenas *muy* pobladas lo acentuaban conocedor de las verdades más básicas, en apariencia claro está, del mundo. Llevaba las botas oscuras, y usaba guantes como solían hacer los señores de tierras en tiempos

anteriores, o al menos como Emerion había experimentado ver con su abuelo. Finalmente, llevaba un cinto morado, y con ello por supuesto que una espada oculta a un lado, por debajo del borde de la capa. Cerró la puerta tranquilamente, y se quedó ahí parado un momento.

"Me disculpo por la hora, señor Emerion de Kayo Norte, jefe de Krívik". Su voz era joven y robusta.

"Siéntase en casa, ¿señor de Kayo Medio?" respondió Emerion, ofreciendo el asiento más próximo con la mano extendida.

"Así es.

Más bien mi visita sería insustancial. Debo de haber llegado en mal tiempo porque parece que le he interrumpido alguna celebración.

No le quitaré su tiempo. Vengo a hablarle de su hijo, Frévog. Hace dos días que le conozco, pasaba las tierras medias rumbo a Kayo Bajo. Según me ha dicho, planeaba llegar a Méretis. Simplemente le he acompañado, y hemos visto juntos la solemne procesión hacia las Lluvias de Marzo. También escuchamos se aspiraba que fueran las últimas mientras esto se arreglaba. Creo mi señor que ellos aprecian bastante esas tierras, un culto bien enraizado en su pueblo".

"Habla y no me ha mencionado siquiera su nombre, señor de Kayo Medio".

"Mi descortesía.

Me disculpo.

Mi nombre es Morgón".

Emerion sonrió irónicamente. Éste era un meretiano queriendo hacerse pasar por una leyenda. Apreciaba el esfuerzo. Sin analizar más allá las implicaciones de dicha reflexión, Emerion estuvo convencido.

"Le permite cruzar a mi hijo por sus tierras, sin un favor pedido, sin un castigo. Le acompaña al sur y regresa aquí sin él. ¿Cómo es que llegó tan pronto si es que él se encuentra apenas allá? Entonces indíqueme en el mapa, dónde es que gobierna sus tierras. Yo las he recorrido, y no hay pueblos ahí en el tal Kayo Medio".

El hombre que decía llamarse Morgón levantó la barbilla y bajó la mirada al mapa.

"No hace falta tanta farfulla.

Mi pueblo es único, no figura ni figurará jamás en el mapa de los hombres. Su hijo continúa en el sur, averiguando a orden de su padre, en tierras enemigas. No es por favores que he venido hasta aquí, pues como bien he dicho, costaría creerme si no pidiera a cambio, por ejemplo, el reconocimiento de mis tierras que aunque en el supuesto no menos improbable de que están adscritas a Krívik, merecieran su propio derecho de ser demandadas por mí como señor legítimo. ¿Qué más cree que quiero ganar con esta empresa simple pero estratégica?..."

"Vaya al grano y dígame si tiene prisionero a mi hijo, estúpido meretiano".

"No busco allanar ni pedir efectos reales cuando usted ha retornado del Palacio de Justicia. Mi señor, ni hablar de eso. Usted ahora confunde, no pido la salvación de Méretis a cambio de la vida de su hijo. Hablaré una vez más de su regreso del Palacio de Justicia, porque no busco como ya dije, fútiles glorias materiales como los fulanos encerrados en ese salón lustroso. ¿Ve este efecto?", preguntó tomando el prendedor dorado con la criatura ignota. "Este soy yo". Se levantó. Emerion que ya había cogido asiento, también se levantó de sopetón. Debajo del tapiz escondía una espada. También los guardias permanecían afuera.

"Soy como ya mencione, Morgón, Señor del Fuego y de la Tierra. No será necesaria tampoco incredulidad. Mire atentamente mi señor, mire la mitad de los dos Kayos, ahí está mi reino, no sobre la tierra, sino debajo de ésta: en cuevas profundas e ignoradas, largas cuevas que se van haciendo cada vez más húmedas cuando las recorres hacia las costas. Y todas las cuevas que son incluso más profundas, mírelas mi señor. Mírelas. Míralas Emerion, ahí".

"¡Qué es lo que quieres meretiano!" farfulló Emerion, haciendo aspavientos.

"Mira bien Emerion: esta tierra que yo llamo Kayo Medio". Sus ojos refulgieron, y sobre el pergamino, en el punto que señalaba, justo a mitad de distancia entre Krívik y Méretis, apareció una pequeña llama que luego se hizo larga, se expandió, y subió, consumiéndose, dejando una marca de hollín en el techo. Puso una figurilla más, que era la representación del Dios Morgón. Era un monstruo alado, las alas simulaban un fuego intenso que caía verticalmente. Pero no eran alas.

Emerion entonces cerró los ojos, y pensó en el regalo del rey, el que de todos era el más, el que se encontraba oculto debajo de su dormitorio. Miró al hombre que tenía enfrente. Lo observó detalladamente: cierto era que no se trataba de meretiano, ni por las ropas, ni por el aspecto que tenía muy bien clasificado en ellos. Se sacudió la cabeza, y pareció un

niño perdido por un instante. Luego con temor y respeto pronunció:

"Así que lo eres".

Un golpeteo a la puerta violentó la visión. Fervor preguntó desde el otro lado por Emerion, quien concedió que entrara.

"Quédese el recuerdo" dijo el hombre, señalando la figurilla. ¿El cambio de formalidad era precautorio?

"¿Es todo?" preguntó Emerion, un tanto suplicante.

El hombre asintió.

Se acomodó los guantes para partir, cuando Emerion le dijo "entonces ven mañana, si es a ti a quien dicen hay que pedir favores".

El hombre miró a los inquisidores ojos de dos jóvenes hombres que detrás de Fervor, estaban listos. Partió y al pasar frente a Fervor, éste lo tomó del brazo, lo miró, volteó a Emerion, y a la señal lo soltó.

Después de la visita, Emerion meditaba sobre Morgón. Pudiera ser que esta nueva cualidad de él siendo un hombre le diera la obvia desventaja de disminuir su poder. Era tentador, muy tentador. En la alcoba, ya acostado al lado de esposa, pasó la noche mirando la figurilla, y a veces la acarició suavemente, concediendo delicada disquisición a los detalles de las que no eran alas, sino llamas. Era un delicioso objeto por parte del tallista artesano. En la segunda visita a Castillo Norte, el rey había hablado con su consejero, de las Bajas Ciencias, sobre las *apariciones*. No se discutía su veracidad, se daba por sentada, y se discutía más bien las circunstancias que las rodeaban. El rey había expresado su deseo, la necesidad, de tener muerta a toda aparición. Y si el rey creía en ello, la leyenda local del horror de la noche poseía un poder más allá de toda su comprensión. ¿Era pecado si en cambio de destruirlo, aprovechaba su poder para no sólo facilitar las conquistas de Kayo Bajo, sino obtener más control sobre otras tierras sureñas? ¿Era posible? ¿Cómo?

"Este ser es peligroso, porque es puro, como todas las apariciones" repitió en su cabeza las palabras que había dicho aquel consejero estudioso. Entre otras cosas de las que se había enterado acerca del asunto era que las apariciones habían sido, algunas de ellas, descritas en los libros que sólo los científicos podían leer. La pureza era una cualidad repetida transversalmente. El nombre así como la forma de proceder había sido revelada. "Morgón es una aparición" había dicho el consejero.

Y "Es capaz de conceder deseos, prometer diferentes clases de magias, artilugios; escurriría una gota de fuego oscuro en el suelo, y las promesas físicas se materializarían. A pocas veces los objetos serían absurdas botellas espirituosas de los más deliciosos frutos, bayas, un arco infalible para el montaraz, una nueva armadura para el guerrero. Pero los más inteligentes y los más ambiciosos rogarían la gloria de las batallas, la victoria sobre los enemigos, la hinchazón con poder. Morgón, no se engañe, es un sofista: no miente, sino que confunde" había dicho el consejero. Y "gira en redondo entre dos aristas aparentemente opuestas, porque más que el don del conocimiento, tiene el poder de hacer laberintos que hacen ir y venir, subir y bajar, a la imaginación del hombre, por recorridos cuya entrada y salida sólo él conoce. Debemos acabar con todas las apariciones que son por definición propia, desertoras de la corona y el dios único, nuestro paraninfo de la era oscura y bendita". El rey había estado de acuerdo con dicha advertencia. Se acercaban los tiempos importantes. Este era uno de ellos, quizá el antecedente, quizá el más importante, y giraba en esa esquina de Foresfo que era el mundo. Alrededor de Krívik y más aún, alrededor de él.

Fervor había comprobado anoche que ese misterioso hombre no llevaba un caballo. Inclusive, había visto algo espantoso: al seguirlo se habían internado en el oscuro bosque, y luego en un tramo largo en que casi lo pierde, pudo oír unas pisadas densas que golpeaban el suelo, imágenes de una capa volando, un destello dorado, y unas cola. Luego había desaparecido dentro de la oscuridad allá entre arbustos y cuevas. Eran dos Ángulos de Tiempo pasados el amanecer. El cielo raso brilló. Dentro de un cuarto, Del Mar se había acomodado las ropas en lugar. Sabía que su hijo estaba afuera ya, seguramente cortando el aire con su espada, realizando otros entrenamientos o tareas propias de la guerra que esperaba, la guerra que era llamada paz. No se molestó en buscar a Emerion para decirle que iría por unas cosas a Zupriothi, antes de que cayera la tarde y comenzaran los festejos. Desde una especie de balcón muy mono, pudo escuchar a uno de los hombres de la junta, quizá a todos, quejarse de la resaca. Probablemente estaban en sus dormitorios, porque no supo más de ellos cuando dejaron de interesarle después de que los examinara de pies a cabeza mientras ellos también lo examinaban a él, vacilando y platicando cosas que ellos creían importantes; todo esto después de que Emerion los había dejado. De modo que salió por la puerta principal del recinto de la torre regordeta, subió a su caballo de monturas amarillas y negras, y partió.

Del lado opuesto de la torre regordeta, Emerion entró de nuevo a la cámara en la que aquel hombre le había visitado, sacó la espada que mantenía secreta debajo del tapiz, y llevó además un arco de los que usaban sus hombres o digamos, la facción original a la que pertenecía su raza. Luego se dedicó a pasear a los interiores. Afuera, un disciplinado Fervor, parte de la facción no original de Krívik, llevaba horas levantado, limpiando la caballería así como los establos. Al ver

a Emerion acercarse, se dispuso en formación.

"Sabes que nunca ha sido necesario, hijo".

"Buena luz, mi señor".

"Buena luz.

¿Viste a tu padre? Se fue ya, al parecer. Los dormitorios están vacíos, pero los otros hombres han de estar pasados, en algún lugar alrededor de la mesa de luna. ¿Has visto cuán se parecen esas tres vasijas?"

"No me interesa mi padre, pero apuesto a que es así como dice, señor".

"Acompáñame. Tengo ganas de clavar unas cuantas flechas en los blancos". Se marcharon al bosque. Fervor llamó a dos de sus muchachos que tenían igual edad entre sí, quince años, a quienes les doblaba la edad y poco más. Fervor se había convertido en asesino a muy corta edad. Estos jóvenes formaban parte de la cuadrilla menor, conformada por una veintena más de chicos ávidos por adquirir experiencia. Fervor solía vestir ligeras vendas en la parte inferior, en las muñecas y en los talones, pero por lo demás iba desnudo, ya que ni por el calor ni por el frío se vestía de otra manera. Pero ese día llevaba una ligera manta sobre su cuerpo. Emerion llevaba una túnica azul sujeta a la cintura por una banda parda. Los otros dos jovencitos llevaban trajes claros con cintas en las muñecas como Fervor, su líder. Se habían pintado con tinta oleosa a lo largo del brazo, con diferentes símbolos que combinaban círculos con largas barras alrededor, entrecruzándose, o atravesando los círculos: todo para establecer la admiración que tenían por él. Al llegar al claro donde se encontraban varios blancos clavados sobre los árboles, Fervor se quitó su manta, y dejó mostrar símbolos similares en su cuerpo. Emerion se preguntó si el hombre que lo había visitado era más extravagante que ellos. Cuando había pronunciado el discurso frente a la junta, diciendo que debían acabar con los sureños, había hablado de manera general. Apreciaba el sentido de valor y masculinidad de estos jóvenes, la presencia de la disciplina y el honor en sus vidas. Si Del Mar había sido alguna vez así, ya no lo era.

"¿Qué significan esos" quiso saber Emerion. La luz del día era amable.

"Mi padre tiene los mismos", frunció el entrecejo, "pero yo agregué más, sin tantas barras. En general es una manera que tiene mi gente de agradecer a la luz del día, el astro que todos los días nos bendice con su luz. Y a la tierra también, son símbolos de la conexión que tenemos, sur y norte, especialmente".

"¿Una religión?" preguntó Emerion.

"Algo así" respondió uno de los jóvenes. Y luego balbuceó "es una religión nacida del pueblo mismo. Es una profunda creencia, supongo... yo siento en mi piel todavía la filosa aguja de madera que adornara todo mi cuerpo con su tinta. Respiro y siento estos símbolos como si me hablaran, señor. Cuando mi madre me llevó por primera vez a una iglesia angelical luego de que padre nos trajera a vivir a Zupriothi, no pude sentir algo profundo con esa bendición circular que se dejan hacer. Mi papá quiso que continuara yendo a misa para no disgustar a madre. Eso fue cuando ella todavía vivía, pero ahora estos símbolos son los que me representan... aunque no me he olvidado de madre" dijo esto con decoro.

"A más de una persona...", continúa, "en nuestro original pueblo les ha pasado que luego de ver mucho tiempo a Sol, pero a través de los párpados, por ejemplo mientras se flota sobre un lago, al abrir los ojos estos símbolos impresos han aparecido, como si Sol nos hablara y nos dijera -este es pues mi idioma... Disculpe mi entusiasmo mi señor".

"Es bienvenido" respondió Emerion con sinceridad.

"A decir verdad admiro su pasión por su creencia, y por la guerra además. Practiquen en los blancos, quiero ir a pensar un poco. Y ya que tenemos estos tres días de jubileo, quiero ordenar las ideas".

Luego de un rato en que los jóvenes mejoraron su puntería, Fervor que estaba absorto en su propio blanco, preguntó sobre el hombre de la noche anterior, extrañado que se iba a ir sin hacer mención del tema.

"Tengo una cita hoy con él, pero se presentará cuando lo desee, en algún momento antes de que acabe. Supongo que ya tarde".

Fervor ignoró que Emerion había olvidado que él ya conocía ese pedazo de información. Inquirió al grano: "¿Qué buscaba, mi señor?".

"No lo sé con exactitud. Esperaba que me lo dijeras tú. ¿Qué viste cuando se ha ido?".

Fervor pensó un momento, luego emitió: "Sólo puedo decir que le vi que no venía a caballo. Se marchó al bosque, en esa dirección, detrás de la muralla, y desapareció entre los arbustos, decenas de pies más adelante".

"Vino a hablarme de cosas extraordinarias y sin sentido".

"¿Qué clase de cosas?".

"O puede ser que diga la verdad. Me ha dejado un regalo, una figurilla tallada en oro de una especie de monstruo hecho de llamas de fuego. Este mono es de una creencia que jamás había visto".

"Confieso que ese hombre me dio mala espina desde que pidió verlo. Es un demonio, puedo sentirlo señor. Debemos tener cuidado" dijo esto último al lanzar una daga con la rapidez de un rayo, dando justo al centro. Lo decía en serio, jamás se tomaba un enemigo con vanagloria.

"Apuesto a que sí" contempló Emerion la daga incrustada. "En todo caso, veremos su verdadera naturaleza cuando decida venir hoy. Debo pedirte que coordines todo lo referente a la fiesta, no podrás acompañarnos cuando se presente".

"¡Debo protegerle, señor!"

"Entiendo que te molestara. Consideren hijos míos que este festín es un honor y tributo que la corona hace, a ustedes, no a todo lo demás. Y todo les es permitido antes de ir a batalla, ya saben a lo que me refiero".

Fervor lanzó una segunda daga con misma velocidad que la anterior que agrandó aún más el agujero formado por la primera. Los jóvenes quedaron estupefactos y complacidos. Emerion se marchó a otro claro del bosque. Y pensó "a ti Frévog te desheredo por traer este giro extraño a mi casa, y tanto más que si es oportuno no lo será por ti. Sea que estés aprovechándote de la distancia, robando, saqueando, matando sin méritos ni beneficios, no me importa. Ya no eres mi hijo".

Pero Morgón era puro.

"Si, pero también se ha convertido en hombre, quizá para poder caminar con mayor libertad este mundo, y es conveniente".

Muy conveniente.

"Y todos los hombres son corruptos, y desechos de humanidad. Esto lo sé, lo tengo bien grabado, por la Guerra, por Hierro y Sangre, y por el estúpido Ángel".

Emerion probó su arco marrón, y su mano aunque temblorosa al principio, se deslizó firme sobre la cuerda tensa.

El tiempo transcurrió y la fiesta comenzó. Fervor dio instrucciones precisas y sencillas, inflexibles sobre las generalidades y alrededor de las cuales giraban los detalles. Así, comisionó los asuntos a una campaña de cinco hombres y una mujer, y se quitó el asunto de encima. Cinco hombres del Control Noroeste llegaron a las puertas de Krívik, con algunos cargamentos adicionales, regalos menores de la corona como lo eran un

centenar de cascos, espadas, cuchillos y escudos, así como un centenar más de ropas de mujer. Las mujeres y sus niños, de los dos pueblos adscritos a Krívik, Cuña y Sierva, que eran en total menos de doscientas almas, se apearon alrededor de estos hombres. Uno de ellos, subcomandante del puesto de control, sacó una garrafa de vino, se la aventó a uno de los hombres guardias de Krívik, quien la cachó y le dio un trago en duda. Y le manifestó que estaban allí para ayudar en la fiesta, en la caza de animales, en la consumición del vino, y que estaban allí también y principalmente por un buen par de muslos, refiriéndose a mujeres. Fueron bienvenidos. La comisión de cinco hombres y una mujer tratarían inútilmente de calmar y limitar los excesos de la fiesta, faena que pensó Fervor cómica de delegar, así como seguramente hizo antes Emerion para con él. Fervor se buscó las caderas y el par de pechos más satisfactorios del día. Después de coger, lo encontramos departiendo estruendosamente con dos de los hombres del control además de una decena de otros hombres en manada, cantando sobre los tragos, hinchados de alcohol. Él, no obstante, no ha tomado. Y los muchachitos de su cuadrilla menor, quienes habían tomado como novatos, mucho y rápido, se prendieron de su Fervor como enamorados, con los brazos sobre su cuello, incluso insinuando declaratorias románticas, resumidas como "¡eres el mejor!", "¡eres hermoso!" y "¡debes tener a cualquier mujer que tú quieras porque ninguna se resistiría a ti!", algo que sucedía siempre en la exultación de la borrachera. Él había aprendido a sobrellevar esa especie de fama, y pensaba en el plan que debía llevar a cabo.

Casi al anochecer llegó el hombre. Fervor había sido cuidadoso de enterar a una decena de los mejores hombres sobre lo que pasaría, de modo que debían comer así como beber para contrarrestar el efecto del alcohol, o no beber de hecho, para estar listos a la hora que se requiriera. Fervor había intuido que aparecería por donde se había marchado ayer, y al dar un rondín desde el corredor de la muralla, desde donde se apreciaban las tiendas de la fiesta, justo se encontraba ahí, como esperándolo, como disfrutando del paisaje lateral de Krívik, como quien no tiene nada que hacer. Fervor hizo una seña al interior, y se puso en marcha. Escondidos en los merlones, otros rodeando desde el bosque, sobre los árboles. Luego Emerion apareció, bajó unos escalones que estaban escondidos desde el norte de la torre, hacia el claro donde el hombre seguía esperando con absoluta paciencia, fuera de la muralla. Cuando se apeó, el hombre preguntó: "Entonces, ¿qué has decidido?".

Excepto Fervor, todos los hombres en realidad habían tomado algo. Fervor bajó igual que hizo Emerion, y se posó al lado de su señor. El hombre ladeó levemente su cabeza como un animal más felino que canino haría, más sutilmente aunque de manera también sucinta. Algo percibió, pero no sabía qué era con exactitud. Se sacó los guantes negros y se los guardó

en la solapa.

"Mi petición a ti, oh gran señor de la tierra y el fuego, es que nos ayudes a acabar con Méretis, para por fin reclamar las tierras costeras de Lluvias de Marzo. Ayúdanos, ven con nosotros ya sea como te vemos ahora, o como eres en verdad, más que un hombre. Simplemente a nombre de la Real Corona puedo asegurar que este favor será muy bien pagado. Estoy seguro que es poco lo que pudiera ofrecer con las consideraciones que ya has mencionado ayer, mas podrías tomar la recompensa como un regalo entonces, un regalo de eterno agradecimiento y efecto de confianza mutua".

El hombre podía, acaso no podíamos todos, escuchar el zumbido de la algarabía allá dentro de los confines de Krívik. Pero además podía sentir el olor peculiar de cerveza transpirada apenas. Habrá tiempo después, o no, de conocer a los hombres que forman parte de la guardia, incluyendo al gran guerrero príncipe de piel morena y cabello encrespado, de dibujos empielados, que es la mano derecha de Emerion, que me mira con gallardía, más en secreto con, incluso, desafío. Notó que Emerion estaba más reservado de lo habitual, algún detalle que no lograba articular. O era una superstición, porque la piel de hombre lo llenaba de pensamientos incorrectos de miedo, o se trataba de algo que estaba más allá de sí mismo. Algo más antiguo y elemental, el principio sagrado de trinidad que es también el principio del número cinco. Incluso los dioses se ataban de obligatorios decretos.

"Es correcta tu afirmación" dijo el hombre luego de pasar la página de la idea anterior. "Es inútil gastar palabra en el pago del favor, harás lo que quieras. Mi interés está en la realización y extinción del deseo. Vendré cuando estés listo, asumo será al cuarto día. Entonces marcharemos al sur.

¿O es que aún dudas de mí, señor de Krívik, mi señor Emerion, antiguo guerrero de esta porción de los Kayos?" preguntó, dando un paso al frente. El ambiente se tensionó. Arriba en los merlones, los hombres prepararon sus arcos y se miraron. Fervor permaneció inmutado, aunque sus ojos volvían una vez más a recorrer la humanidad de ese hombre.

Detrás de éste, pudo sentir Fervor, los hombres en la oscuridad pasaban sus manos en sus cinturas, comprobando sus dagas. A uno de ellos se le había espantado la borrachera en el inesperado misterio del asunto, que respiraba hondamente. Sin aviso una flecha que cayó de arriba de la muralla a toda velocidad fue atrapada por el hombre, antes de que le atravesase la pierna izquierda. Su mano cambió de aspecto: escamosa ahora con garras por uñas, verde y dorada. Emerion y Fervor retrocedieron un paso al mismo tiempo. La flecha fue rota en dos, y tirada al suelo. El hombre miró a su pata con garras, donde antes

había una mano. Y la misma regresó a ser.

"Ven entonces al cuarto día" exclamó valientemente Emerion, no obstante conteniendo el aliento. Llevó las manos cerradas hacia detrás de sí, en su mano derecha Emerion no llevaba armas, sino el regalo que de todos era el más. El hombre se marcha tranquilamente en la oscuridad. Casi tardíamente, Emerion exclamó "¡bajen la guardia idiotas!". Porque la conmoción era la de un creyente, que al irse a la cama la noche anterior no había creído, en su fuero personal, mas sí en el pensamiento decoroso y sumiso reservado al rey y la corona, que Morgón era real; que al charlar con Fervor durante la mañana había concordado que era un monstruo, en calidad de tratarse de una intromisión desafortunada al plan Méretis, y si le había invitado a volver para pedir el deseo había sido obviamente un ardid: pretendía Emerion tomarle preso.

¿Por qué entonces había cogido consigo el regalo que de todos era el más?

## Capítulo 2

### Capítulo 2

#### En Lluvias de Marzo

I.

Llegaron al segundo día de la noche estrellada. Ahí aún no llovía. Los hombres llevaban túnicas desde la cabeza hasta las rodillas, luego botas curtidas en azul negruzco. Las túnicas eran de un azul celestino y aunque cubrían su cabello, no así su rostro. En las jóvenes adolescentes y las mujeres mayores, no así en las mujeres de edad media, la túnica era mucho más elaborada: satinada en los bordes, encajada en la cabeza, en línea con la columna. En la cabeza cubría el rostro en una caída que sobrepasaba el cuello apenas, y que terminaba abriéndose en forma de gota, aunque otros eran también los diseños para el rostro: había frontales más simples aunque hermosamente adornados con perlas que ellos llamaban Lakrimuri, Lacrimurios, en Lengua Anterior. Los abuelos y las abuelas que estaban a punto de beber el agua de la vida, morir, en lengua de los hombres comunes, al llegar a la humedad de las rocallosas tierras, ataviados eran con adornos hechos de ramas, palmas y mantas azuladas que formaban figuras ovaladas, en formas de caracola, y que luego eran empotradas a sus espaldas como respaldos móviles. Eran entonces subidos en las carretas principales, llevadas por triadas de caballos también adornados acordeamente. De aquí, seguían un tiempo más hasta ver las empinadísimas laderas encerrando el camino. Se sentía la calma de un espacio que acababa de abrirse, con el océano a su vista: el Océano Xánico. En ese lado no se disfrutaba de playas, pues éstas aparecían miles de pies más al norte siguiendo la línea costera.

Lluvias de Marzo consistía de una península al suroeste de Akrimar. Ahí, las tierras se elevaban y caían hacia la Columna Áprule. Ahí, grandes montañas de peligrosas piedras se entrelazaban, formando empalmes, hermosas elevaciones consecuentes de dicha unión de verticales eran creadas cual si un extraño mar de roca rompiera en las colinas, creciendo cada mil años o algo así, empujado por fuerzas internas distendidas en inclinaciones sofisticadas. Hace mucho que las cuevas habían servido de cámaras mortuorias de los antepasados meretianos, una necrópolis en la cual convivir con los muertos y sus memorias estuvo a punto de ser construida. Debajo, en conductos más próximos a la orilla donde los arrecifes eran golpeados por oleajes bufadores, ahí había una elaborada y grandiosa selección de cuevas hermanas que iban a terminar sepa quién a dónde. Pero las cuevas menores, oquedades suficientes producidas por el apilamiento mutuo de rocas sueltas en las faldas de grandes peñascos

prominentes, eran siempre aptas para darles la bienvenida en los tres días en que durarían las ceremonias. Dentro, aún se conservaban los efectos dejados a Andra y Xandra, Diosas del Rocío, celebradas el último día de cada visita periódica, justo antes de que los cantos de partida fueran comenzados.

Pero en esta noche estrellada en que arribaban al claro del peñasco protector de las ventiscas oceánicas... ¡oh Planicie de Plata que albergas a nuestra madre allá en el cielo!, ¡me das reflejo en tus aguas saladas de la noche!, ¡y nos das cobijo en las cuevas de los montes borrascosos, dormitorios que duermen arrullados del vasto cobijo salino y del tranquilo espejo de plata! ... Los meretianos se instalaban en tus salas y cantaban las mujeres una u con una i, y alternaban ambas en meliflua diferencia; mientras que los hombres acompañaban de tanto en tanto, en una versión más grave formada por una combinación a con e utilizando semejante técnica. Y el canto de longitudes largas como en apariencia se desplegaba, te cantó:

"Flores de Plata

Abran las Puertas Cerradas

Llegamos, estamos aquí, ¡Oh Madre!"

Y el océano les hubo respondido con una mota más de oleaje.

Ahora debían descansar: pusieron pétalos rojos y púrpura alrededor de las entradas de las cuevas, y lirios dentro de las mismas; éstas se limpiaron, aunque la humedad permaneció en muchas de ellas. Entraron, durmieron al lado de los sepulcros.

Sus templos han dejado aquí para de ese modo tomar las barcas a las tierras prometidas.

A la mañana, las nubes embarazadas se veían en la lejanía. Las lluvias así previstas, llegarían al medio día. A un lado del peñasco protector, rodeándole, había una bajada a dos cuencas de agua dulce y fresca. La primera era una cueva vertical llena de agua, profunda hasta la profundidad misma, perfecta era para los que nacían con el espíritu de acróbatas clavadistas. Un grupo de hombres, ya desnudos o en paños menores, corrió a ellas para hacer las justas del clavado más alto, de la zambullida más tenaz hacia el fondo: saltaron desde rocas prominentes

que se encontraban de junto, para así alcanzar las honduras donde la luz se encontraba en proceso de extinción; desde esa profundidad podía sentirse un adictivo temor inescrutable. La segunda era una cuenca menor pero por tanto más clara, con bordes alisados, lavados y redondeados, perfectos para sentarse y "mover las patas", salpicar y jugar metido en el agua, es decir para hacer nada. El agua se filtraba por un lado que daba vuelta al peñasco desde un conducto interno y secreto. Aquí se bañaban las mujeres que eran madres, junto a los niños, y los abuelos y abuelas.

Al medio día que llegó la lluvia, cayó cayó como ligeros rocíos que llenaban el aire del olor delicioso de la humedad próxima. Luego cayó cayó mucho, una incesante cortina color plata, aquí éstas eran pues las inaugurales Lluvias de Marzo. Cayeron, cayeron. Y luego de un rato la gente se fue refugiando de vuelta en las cuevas, mientras los niños alargaban sus juegos bajo el agua hasta el último instante en que la comida estaba en verdad lista. A pesar del chaparrón, que se intensificó aún más ya al atardecer, sólo un cirio o dos eran necesarios, pues su luz era generosa. La lluvia cesaría entrada la noche. Durante todo este tiempo, las mujeres grandes se hicieron trenzas y ensayaron cantos; los hombres se dejaron hacer trenzas por las niñas, en sus barbas además de su cabello; de vez en cuando los niños no sólo aprendieron sobre cómo hacer un arco y cómo tejer diseños en los mangos de las cuchillas, sino también sobre cómo trenzar. Eran todos, oficios hermanos. Habló un hombre maduro, padre de tres niñas, sobre los hombres primeros que tuvieron la dicha de intercambiar unas palabras con Las Madres, Reinas y Diosas del Rocío, Andra y Xandra: "vendrán Las Reinas de Méretis, vendrán el día en que Ángel restaure la justicia". Allá del otro lado de la cueva un hombre sacó unos jarrones de madera, llenos de diferentes bebidas alcohólicas. "Pues de ellas es el Reino de la Tierra" continuó, "y el Reino del Sagrado Secreto".

Pues de ellas es el Reino de la Tierra,

Y el Reino del Sagrado Secreto.

"Sobre ellas nadie, decimos nosotros, y debajo de ellas nadie quedará, dice el misterio grabado en el sagrado dormurio heredado a este pueblo, cuando la justicia llegue de la manera antes mencionada". Brindaron y vitorearon con emoción, con los tarros alzados.

En la noche, las mujeres y hombres de edad media quisieron divertirse entre sí, pero las mujeres mayores recomendaron un cuidado y observancia, porque estos días de veneración a Andra y Xandra, a Venna y Natura, debían guardar las energías sexuales para que éstas, poderosas como son en los impulsos, se transformasen en algo aún más satisfactorio. Muchos escucharon y se abstuvieron; entre las que se guardaron, Dévina, una linda joven de carácter determinado, quien era

hija de Éxterik y Una, habilidosos guerreros, suspiraba bajo sus largos cabellos marrones oscuros, pensando que jamás había podido confesarle su amor. Llevados por la tenue luz de cirio, dos parejas se refugiaron en una cámara lejana a la vista de todos, intercambiando miradas de confianza y transgresión. Allá arriba, justo sobre el océano, unas enormes nubes desembarazadas comandaron a las ahora débiles cortinas, a apagarse. Una luz iluminó el todo, las rocas mojadas, la lluvia que se apagó, la superficie argentada del océano misterioso, porque el mismo era uno. Y entonces sucedió que de las nubes gobernantes se formó una nube platinada a través de sí, y oscura en su barriga, creando un efecto opalescente, un nubarrón que se tragó la luz como una especie de águila con alas puntiagudas. Al ver esto, las mujeres ancianas se maravillaron y se suspiraron, juntando las manos y llorando en júbilo. Los hombres de edad media y media alta se inclinaron y rindieron pleitesía con las manos cruzadas en los pechos. Un rayo cruzó la silueta formada, parecieron haber visto a la enseña legendaria de Pájaro Azul cruzando, y luego de esto la visión se había esfumado, dejando un remedo en las nubes secas. Se miraron consternados, y una pequeña niña de cristalinos ojos negros y toda cabeza y cabello, rió. Y todos se contagiaron de la risa.

"¡Llegaron las Lluvias de Marzo!" anunció eufóricamente un joven, mientras alzaba su tercer tarro. Las mujeres ulularon y los ancianos rieron como si de un chiste muy gracioso se tratara.

## II.

El amanecer despejado, nítido en la luz y puro en el respiro. La humedad hizo lo suyo, lavando los caminos, dejando todo cristal prístino. La temperatura era templada, pero algunas veces que soplaba el viento llevaba listones invisibles de frío. En este día las mujeres y los hombres se separaron: las mujeres bajaron a los caminos inferiores donde se encontraban las bufadoras, y ahí tomaron té y café, algunas llevaban algo un poco más fuerte. Se resguardaron debajo de una piedra que hacía de pequeño refugio. Cantaron y platicaron. Platicaron y cantaron:

"Oh Madres, que cuando bajan

El Cielo iluminan, Benditas ustedes

En estos días, en estos tiempos

El Amor Que Les Espera"

Los cantos eran el mismo verso una vez, y otra vez, con variaciones de intensidad aquí y después, siempre conservando una línea suave de pulso. Los cantos se compenetraban, iban y venían, danzaban en la tesitura del tiempo y la dicción desconocida del aire. No, más bien debemos decir que bailaban sin duda, pero fuera de todo tiempo que convocaba a las cosas del mundo a formar parte de él, siendo parte más bien de una corriente divina de sonido e imaginación cuyo cuerpo desconocemos en definitiva. Volvieron las lluvias luego de un rato, creando cortinas en los haces de luz vespertina, denso y franco brillo que se colaba en las nubes vecinas a las preñadas. Los hombres arribaron en los peñascos, cantaron también. Recorrieron los caminos más largos y hablaron, allá en otra cueva, sobre lo que podría esperarles al regreso. Estas charlas vinieron sinceras, pero según el espíritu de visita no deberían tomar lugar en estos primeros días del mes. Esta era, no obstante, una excepción.

"Es el camino de los hombres y las mujeres, el resultado del trabajo forjado desde dos entidades" advirtió un hombre de los más sabios de edad media. "Propiamente las Diosas, y sus secretos divinos que desconocemos, que nos demandan y que nos gobiernan, que no podemos alcanzar a comprender, válgame si es necesario decir que tampoco controlar. Y depende de la segunda entidad, nosotros, todos, quienes influimos íntimamente tanto dentro de nuestra propia vida como por fuera de ella, hacia los otros.

Si el pájaro que come a la araña es guiado por su hambre, eso es algo que él no entiende aquí, con la cabeza, pero que entiende acá, con el sentir" dijo, señalando cabeza y luego pecho. "Podría decirse en verdad que el pájaro actúa acorde a Natura, y el destino es, por tanto, forjado por las Diosas. Pero siempre me pregunto lo mismo, y se los pregunto a ustedes queridos hermanos, ¿qué hay pues de nosotros?". Confesaron no saber, y los más valientes confesaron no entender. Y hablaron de las Diosas un rato más, antes de volver al refugio principal.

Engón y Erivoro, protectores principales de Méretis, se apartaron y hablaron amplia y abiertamente de Krívik. Engón, quien pensó que una afrenta era inevitable, llevaba el cabello negro y rebelde atado por detrás de la nuca; su porte era derecho, su mirada más inteligente que desconfiada, sus cejas prominentes y su barba oscura ya mostraba pelos blancos. Confesó que desearía que este año los Iuverianos de Lúveris, pueblo amigo que tomaba a veces los refugios de Méretis destinados a sus

visitas cuando ellos venían a las costas, pasaran por ahí.

"Por seguridad siempre procuramos mutua vigilancia. Ellos habían tenido alguna vez que refugiarse lejos, cuando los usurpadores del Castillo Azul patrullaban cerca de Gón. Méretis aún conservaba su esencia, los puertos a las tierras prometidas están cerradas ahora, ya mucho ha de esto".

"Lo sé, hermano" respondió Erivoro. Un hombre quizá por el aspecto físico, diez años mayor. Pero por el liderazgo, o una merma en él, unos veinte años más joven.

"No creo que este año suban. La Alianza se vuelve cada vez más y más débil" admitió Engón. Era cierta esta sensación, y por donde quiera parecía suscitarse una especie de cambio de estrategia en el enemigo. Su mirada se preocupó mientras miraba el océano.

"¿Y qué vamos a hacer?"

Este sea quizá el más urgente de todos los asuntos. Debemos venerar las Lluvias de Marzo, es aquí el último puerto de nuestra gente, y aunque desde hace mucho que nosotros tomamos el agua de vida sin poder ya ver las barcas azules acercarse desde el horizonte del Xánico, es nuestro refugio sagrado. Debemos prepararnos al llegar. Más de la mitad de nuestras armas permanecen en el pueblo, señor..."

"No lo menciones. Lluvias de Marzo es así con todo venerada.

Temo que partiré esta noche de regreso. Llevaré a uno de los chicos, y el devolverá la noticia. Yo daré gracias y me despediré, pero a los abuelos les comunicaré esta determinación".

Y así hizo Engón. Después del festín típico del segundo día, pidió unas palabras a los mayores, en otra cueva. Se quedaron los demás tomando su café acompañado con trenzados de pan, mientras otros abrían subrepticamente las botellas espirituosas. Les comunicó la decisión y nadie se opuso. Erivoro se había ofrecido a ir con él, diciendo que su hijo, Lúmel, podía recibir órdenes y darlas en caso necesario, pues a caballo era de los hombres más rápidos. Era verdad, pero a su madre no le gustaba la idea, por supuesto que eso jamás había impedido a los hombres enfrentarse a los peligros, más cuando era por amor que lo hacían. Así que partieron, padre e hijo en un solo caballo, y Engón en un caballo pinto.